

A watercolor illustration of a woman's face, focusing on her eye and a pink rose. The background is a soft pink with scattered confetti. The text is overlaid on the illustration.

Ana tiene grandes
esperanzas, pero el
destino es caprichoso
y nada de lo que espera
se cumplirá.

MARA BRENT
**CUANDO
ENCUENTRES
EL AMOR
VERDADERO**

A mi amor verdadero, por el verdadero amor.

PRIMERO

La verdad, no sé por dónde empezar. Pues entonces empezaré por el principio.

Mi primer recuerdo es de cuando tenía unos tres años. Estábamos pasando unos días visitando a una tía, y en el parque cercano a su casa había un pequeño estanque lleno de carpas. Hacía mucho calor por lo que me quité las sandalias y metí los pies en el agua. Yo estaba encantada hasta que una señora me dijo:

—Eso no se hace, niña.

A lo que me retiré avergonzada, me puse las sandalias y me fui corriendo a la casa.

Mi siguiente recuerdo es a los cuatro años, cuando nació mi hermano Ignacio. Volvíamos del hospital a casa en coche y yo no podía parar de mirar a aquel niño sonrosado, tan pequeño como me parecía imposible serlo. Intentaba tocarlo y mi madre me reprendía:

—¡No lo toques! Que no es un juguete.

Mi madre, casi no la recuerdo. Murió cuando yo tenía seis años. Recuerdo algún abrazo, algún beso. Pero luego, cuando la enfermedad la cercó, casi no la veía, enclaustrada como estaba en su habitación, en cama, enferma. Recuerdo los susurros, el olor a medicinas, a enfermedad, el médico en su visita diaria. Y la tía, entrando y saliendo con bandejas, y mirándome y suspirando y suspirando y mirándome. Fueron días extraños, dolorosos, que recuerdo ahora como en un sueño.

También recuerdo con claridad el día del entierro, un día negro, parecía que de luto también. Y cómo en el último momento dije no, no voy, no voy a la iglesia. Me parecía insoportable hacerlo. Y mi padre rogándome, implorándome que fuera.

Mi infancia pese a todo la recuerdo bonita. Recuerdo los juegos con mi hermano, las fiestas de cumpleaños, la escuela, las regañinas de Carmen. Carmen, la cocinera, mi segunda madre, siempre sonriendo, oliendo a bizcocho, enseñándome a cocinar. Siempre pude contarle todo lo que me pasaba. Siempre conté con sus consejos.

Poco a poco, según iba cumpliendo años, fui tomando las riendas de la casa al mismo ritmo que mi padre se iba desentendiendo de ella. La fábrica iba mal, cada vez peor, lo mismo que el humor de mi padre.

Cada vez recibía menos dinero para los gastos de la casa por lo que tenía que hacer malabarismos. Tuve que despedir al jardinero por lo que ahora debía dedicar un tiempo al jardín. Me gustaba estar a solas con las flores, en el invernadero, con las orquídeas... era mi único momento de paz, ocupada como estaba en las tareas domésticas, en cuadrar las cuentas, en negociar con los proveedores, en regatear...

Nuestra casa era una casa grande, señorial, de las de antes, que se construyó con el dinero que hizo el abuelo en América. El abuelo había estado en América dedicado al tabaco y nunca supimos demasiado qué era eso del "mercadeo" del tabaco. Pero cuando volvió, además de la casa, levantó una gran fábrica de ladrillo rojo, audaz y moderna en su momento, sospecho que igual de audaz que él. En su día fue la primera fábrica de porcelana a gran escala del país, y pronto todas las casas señoriales como la nuestra se llenaron de muebles con vitrinas donde lucir las piezas de delicados dibujos. Las que más me gustaban eran las de motivos chinos, especialmente aquella de unos niños corriendo con un gran paraguas por un puente.

Pero ahora tanto la casa como la fábrica demostraban que los buenos tiempos habían pasado, la

gente ya no gastaba tanto dinero en vajillas artísticas, y ambas necesitaban con urgencia una mano de pintura. El jardín pese a mis esfuerzos no estaba tampoco como en los viejos tiempos porque yo no podía dedicarle todo el tiempo necesario.

Llegó incluso el día en que para economizar tuve que cerrar las plantas superiores de la casa y nos trasladamos a la planta baja, reconvirtiendo diferentes salas en habitaciones improvisadas, donde se mezclaban las camas con los libros, con los cuadros, con las estanterías. Yo ocupé la salita de costura mientras que mi padre se instaló en un despacho y mi hermano en la biblioteca.

Mi hermano estaba en ese momento en el extranjero, viajando, y lo único que sabíamos de él era por alguna postal que llegaba de lugares remotos. Yo me preguntaba de dónde sacaba el dinero y, aunque sé que mi padre le dio algo cuando marchó, no era mucho.

En ocasiones, cuando yo no estaba en la casa, desaparecían objetos, cuadros, piezas, por las que preguntaba a mi padre pero él me lo negaba. En las paredes se venían claramente las marcas donde había habido cuadros, testigos mudos del saqueo.

Así pasaba mi vida, ocupada todo el tiempo, ajena a lo que no fuesen las tareas domésticas. Me gustaba pintar pero ya no lo podía hacer, y el único momento en que me relajaba era cuando estaba en el jardín.

SEGUNDO

Llegó el día en que mi amiga Paula cumplía veintidós años.

Esa mañana me desperté más temprano, nerviosa por el día que tenía por delante. Se iba a celebrar una gran fiesta en su casa, y yo estaba invitada, naturalmente. Yo ya había cumplido los mismos años dos meses antes, pero no hicimos ninguna fiesta.

Su casa era parecida a la mía, pero más nueva y más grande. Su padre era un abogado muy prestigioso, siempre trabajando.

Pero lo mejor de todo era que iba a ir Roberto. Conocía a Roberto y a Paula desde pequeños y los tres éramos los mejores amigos. Siempre juntos, bromeando, estudiando. Me gustaba estudiar y no me suponía ningún esfuerzo, al igual que a Roberto. En cambio a Paula le costaba un poco más.

Paula era un poco tímida, con un físico tal vez un poco peculiar. Roberto siempre me gustó, tan guapo, tan alto, tan divertido. Él siempre me dejaba claro que yo era especial para él, siempre me dedicaba más atención, una sonrisa.

Es por eso que estaba más nerviosa de lo normal. Y porque también tenía que pedir más dinero a mi padre sabiendo a pesar de todo que me iba a decir que no. Suspiraba cuando pensaba en ello.

Salí a hacer recados y cuando volví vi que había un coche aparcado fuera. Era un coche pequeño, de esos con la pegatina que indica que es de alquiler.

Entré y, en cuanto crucé el hall, mi padre me llamó:

—Hija, ven aquí, que te quiero presentar a una persona.

Este es Alejandro, y ha venido aquí porque tenemos un negocio entre manos.

—Encantada, soy Ana.

—Igualmente.

Era un hombre de mediana estatura, algo mayor que yo, y tenía bastantes canas lo que tal vez le hiciera parecer mayor de lo que era. Parecía agradable, pero me miraba con mucho detenimiento, quizás demasiado, lo que me hacía sentir incómoda. Me sonrió y de repente lo encontré atractivo.

—Pues os dejo con los negocios, que tengo cosas que hacer. Ha sido un placer.

—Igualmente.

Fui a la cocina para ver cómo iban los preparativos de la comida y de paso para dejar los recados y charlar con Carmen. Ella también estaba intrigada con el visitante.

—¿Sabes quién es el que ha venido?

—No, no le conozco, pero me ha dicho papá que ha venido para hacer negocios.

—Me ha gustado mucho, creo que podría ser un buen pretendiente para ti.

—¡Pero qué dices! Si es mayor. Además ya sabes que a mí me gusta Roberto.

—Sí, pero a mí este me gusta más para ti.

—¡Eres terrible! Te dejo que tengo un montón de cosas que hacer.

Estaba cosiendo cuando sentí que arrancaba el coche. Me asomé a la ventana y vi como el coche de alquiler se marchaba.

Fui al despacho para hablar con mi padre.

—Padre, ya sé que la fábrica no está en buena situación pero necesito algo más de dinero para los gastos.

—Hija, ya sabes que no puedo darte más. La situación es desesperada y espero que pronto todo vaya a cambiar.

—Ya sabes que estoy dispuesta a ayudarte en lo que sea en la fábrica. Hace tiempo que quiero trabajar y creo que puedo ser de gran ayuda.

—Es tu hermano el que va a tomar las riendas de la fábrica, aunque todavía es muy joven.

—¡Pero eso no es justo! Él no tiene ningún interés aparte de ir de fiesta y pasárselo bien.

—Ya cambiará, es la edad. Pero tú también vas a ir a una fiesta. Y va a suponer un gasto...

—¡Eso no es cierto! No va a suponer ningún gasto. Iré andando a casa de Paula y el vestido que me voy a poner es uno que era de mamá, lo he estado modificando. Es un poco anticuado pero es un vestido muy bonito.

—Bueno hija, que lo pases bien.

Hacia las ocho salí de casa con mi vestido. Era un vestido azul con unas pálidas flores amarillas. Tenía unas mangas algo anticuadas que modifiqué. Era un vestido precioso, vaporoso y me imaginaba a mi madre con él tan guapa, tan elegante. Lo elegí porque pensaba que casaría bien con mi pelo pajizo.

Llegué a la casa y busqué con la mirada a Roberto. No lo veía y, cuando por fin lo vi, le saludé con la mano. Él estaba al otro extremo de la habitación pero me chocó que únicamente me hiciese un pequeño gesto con la cabeza. Nada más. Ni se acercó a mí. De repente noté que había alguien a mi lado. Era el desconocido que había estado con mi padre hablando de negocios. Me gustaría preguntarle por ellos, pero me contuve, no parecía oportuno. Él me sonrió:

—Nos vemos de nuevo. Encantado.

—Igualmente. Soy amiga de Paula. ¿Y usted?

—He venido para que su padre me asesore en unas cuestiones y me ha invitado.

—Usted no es de aquí, ¿No?

—No, soy de Toledo. He venido únicamente para hacer negocios y cuando termine me marcharé.

Me sentía incómoda, su sonrisa me desarmaba y no sabía por qué. Y además estaba lo de los negocios, quería preguntar pero a la vez me daba miedo lo que me pudiese decir.

En ese momento se oyó al padre de Paula. Su hija se encontraba a su derecha y Roberto a su izquierda.

—Un momento por favor, un momento. Lo primero gracias por venir a celebrar el cumpleaños de mi hija. Me encanta ver que tanta gente querida haya venido hoy. Pero es que hoy tenemos una doble celebración: ¡El compromiso de mi hija con Roberto! Es un gran día. Celebrémoslo como merece.

En ese momento sentí que todo me daba vueltas. No podía ser, no podía, ¿Que se habían comprometido? ¿Que se iban a casar? Pero ¿Cómo? No podía ser.

De repente, cuando todo se estaba desvaneciendo a mi alrededor, noté un brazo que me sujetaba. Era Alejandro. Me llevó con determinación hacia una de las puertas que daban al jardín. Me llevó hasta un banco y me hizo sentar. Yo no podía sentir nada, no podía pensar, en mi cabeza sólo escuchaba lo que había dicho el padre de Paula.

No sé el tiempo que pasó pero me di cuenta de que aún estaba sentada en el banco y de que Alejandro estaba a mi lado y me miraba. Era una mirada extraña, no sé cómo clasificarla.

—Me quiero ir.

—No, no puedes, acabas de llegar. Sería muy evidente.

—Me da igual, me quiero morir.

—No puedes decir eso. Ahora es lo que piensas pero eres joven y olvidarás esto. ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós, pero mi vida ha terminado hoy. Quiero irme a casa.

—No te portes como una niña pequeña. Dentro de un rato bailaremos, es algo que quiero hacer desde que te he conocido.

—Si crees que insultándome vas a conseguir que baile contigo, estás equivocado. Me voy a ir a mi casa y no me vas a convencer.

—Piensa un poco, llamarías la atención y aunque a mí no me importaría y a ti creo que tampoco, supondría un montón de chismes. ¿Quieres ser el centro de las conversaciones durante un tiempo? No lo creo. Ya no se puede hacer nada, se casarán algún día y no puedes hacer nada al respecto.

—Pero es que no lo entiendes, Roberto me quiere a mí. Y, aunque no lo había dicho claramente, siempre me había dado a entender que un día nos casaríamos.

—Pero no te lo dije, así que todo son suposiciones. Por lo que no podrías reclamarle nada. Voy a traerte un poco de champan y luego bailamos.

Se marchó, volviendo al poco con un par de copas.

—Aquí tienes, te vendrá bien beber un poco.

A lo que bebí un sorbo. Al rato me sentí un poco mejor. Había algo en él que me desarmaba, no sabía qué y me hacía sentir incómoda. Tal vez era su sonrisa, o su voz, no sé.

—Bueno ya estás mejor, ¿Vamos a bailar?

—De acuerdo. Terminemos con esto cuanto antes.

—¡Vaya, ya siento tanto sufrimiento!

—Siento ser tan franca, pero es así como me siento.

Se reía. Yo me sentía nerviosa, incómoda. Me sentía fatal y encima tenía que bailar con una persona a la que apenas conocía. Pero tan pronto empecé a bailar, tuve una sensación extraña, como de tranquilidad, de serenidad. Me confortaba estar entre sus brazos. Nunca había sentido algo así. Pero eso no hacía más que quisiese que terminase.

Cerca de nosotros Paula y su flamante prometido bailaban también. Yo no quería mirar pero era inevitable. Me di cuenta de que Paula rehuía mi mirada. Ella también tenía que saber que Roberto me gustaba y que yo le gustaba. Por qué Roberto le había elegido y ella había aceptado era un misterio. Tal vez el dinero de su padre era un buen aliciente. Tal vez. Tal vez. No sé. Lo único seguro es que yo era pobre y ella rica.

Sentí que me gustaría saber por qué se habían comprometido. Pensaba que si supiese los motivos los entendería y todo sería más fácil. Pero no podía preguntar ni creo que nunca llegaría a saberlo.

No sé cuánto tiempo llevábamos bailando, pero yo no llevaba la cuenta ni a mi pareja parecía importarle. Suspiré y me dijo:

—¿Estás bien? ¿Quieres que paremos?

—Pues sí, creo que ya es hora de que me vaya a casa.

—De acuerdo. Te acompaño.

—Está bien.

Salimos. Yo había ido con mucha ilusión a la fiesta, pensando que Roberto por fin me iba a proponer algo, y me encontré con que los dos me habían traicionado. Tenía ganas de llorar, pero no lo conseguía. Por una parte me alegraba, hubiese sido horrible llorar en la fiesta.

Subimos a su coche, y en silencio recorrimos los pocos metros hasta mi casa. Cuando me bajé

me dijo:

—Ya sé que ahora te parece todo horrible, pero esto no ha sido más que una ilusión y se te pasará antes de lo que piensas. Cuando encuentres el amor verdadero te darás cuenta.

—Me parece muy atrevido por tu parte decir esto. No sabes cómo me siento realmente. Estoy devastada. No he oído que seas psicólogo o terapeuta.

—Siento que pienses así. Volveremos a vernos muy pronto.

—Espero que no.

Le dejé y me marché a toda prisa, sin mirar atrás. La verdad es que me sentía fatal, él se había portado tan bien y yo había sido grosera. Pero había sido la peor noche de mi vida.

Subí a mi habitación, me desvestí y entonces noté que iba a empezar a llorar. A llorar por Roberto, pero también por las amistades perdidas. Había perdido a mis mejores amigos. No me quedaba nada, tenía a mi padre, siempre tan ausente en sus asuntos, con sus preocupaciones. Y a mi hermano, ocupado tan sólo en sí mismo y en pasárselo bien. Únicamente tenía a Carmen, a la que quería y me quería, pero siempre estaba muy ocupada, al igual que yo. Muchas veces estábamos muy cansadas como para ponernos a parlotear.

Pasé la noche a ratos durmiendo, a ratos despierta. Un par de veces lloré, con esa lágrima que cae incontenible, como sin esfuerzo. Por lo que fue y ya no es. Por los ratos pasados, por lo hablado, por lo vivido. Porque nunca iba a volver, porque nunca iba a ser igual. Y sentí una tristeza infinita, una sensación de una puerta que se cierra y no se va a abrir más.

TERCERO

A la mañana siguiente me desperté más tarde que de costumbre, eran casi las once. No me importó, los trabajos podían esperar. Me dolía el corazón. Hoy no era el día para preocuparme por nada. Me duché y me empecé a vestir.

Cuando me asomé a la ventana, vi con horror que el coche de alquiler estaba fuera. ¿Qué eran esos negocios de los que tanto tenían que hablar? Me preocupó lo que podía ser. Mi padre no me decía ni consultaba nada, consideraba que yo no era capaz. Había estudiado mucho, en un tonto intento por que estuviese orgulloso de mí y de ayudarme a llevar la fábrica, pero a él no le había parecido importante.

Nunca me lo dijo, pero sé que lo que quería es que me casara con una persona con dinero para no tener que preocuparse de mí.

Así que me encontraba en un dilema. Tenía que salir para empezar con las tareas pero no quería encontrarme con Alejandro. Me había portado fatal y me sentía estúpida por toda la situación. Además él me desarmaba una y otra vez y no lo soportaba.

Estaba en la habitación dando vueltas sin saber qué hacer cuando sentí que mi padre me llamaba del otro lado de la puerta:

—Ana, ¿Estas despierta? ¿Te pasa algo? Es muy tarde.

Abrí la puerta. Sólo esperaba no tener la cara hinchada por el llanto. Creo que pese a todo no tenía mal aspecto ya que había dormido.

—Se me ha hecho un poco tarde. Perdona.

—No te preocupes. Es para decirte que Alejandro se queda a comer. Espero que hagáis algo especial.

—Va a ser difícil, pero ya sabes que Carmen es una maga.

—Perfecto. ¿Qué tal ayer en la fiesta?

—Bien, pero hoy estoy cansada. Por cierto, Paula y Roberto se han comprometido.

—Sí, algo me había dicho el padre de Paula. Me alegro por ellos.

No me lo podía creer. Mi padre lo sabía y no me había dicho nada. Me hubiese evitado el ir a la fiesta y pasar tan mal rato. Pero él no sabía nada en realidad.

Mi padre marchó hacía el salón donde me imagino que estaría Alejandro y yo fui a la cocina para hablar con Carmen.

Cuando decía que Carmen era una maga no exageraba. Era una cocinera fantástica, y hacía maravillas con ingredientes sencillos. A mí me había enseñado y, aunque no era tan buena como ella, me defendía bastante bien.

Pues eso es lo que teníamos que hacer para agasajar a nuestro invitado, magia. Eran las once y media y había poco tiempo. Cuando ya estábamos preparando la comida, Carmen me preguntó:

—¿Qué tal lo pasaste ayer?

—Bien...

—No sé, no te veo buena cara, y me contestas así...

—Bueno, es que Paula y Roberto anunciaron que se han comprometido.

—¿Cómo? No puede ser, pero si a Roberto le gustabas, eso se veía.

—Pues ya ves, no era así.

—Pues me alegro, ya sabes que te decía que no era para ti. Nunca me gustó demasiado.

—¿Por qué? Nunca me lo habías dicho.

—Intuición. Cuando una tiene tantos años como yo, se da cuenta de las cosas. Sigo diciendo que nuestro invitado es el que te conviene.

—Pues a mí no me gusta.

—De acuerdo, pero yo ya te lo he dicho, que ya sabes que si no reviento.

Estaba atareada y eso me ayudaba a no pensar demasiado. Pero pese a todo estaba pensando en que en breve iba a encontrarme con él y había sido grosera. Pensándolo bien, no era únicamente porque me sentía desdichada, sino porque me desarmaba con su aplomo, con su sonrisa y eso me irritaba.

A las dos ya teníamos preparados unos platos deliciosos, unas verduras asadas, un arroz con pescado y un flan de huevo de los que quita el sentido. Tenía miedo de que le pareciesen poca cosa a nuestro invitado aunque sabía que estaba todo buenísimo.

Salí a poner la mesa en el comedor y después fui a decirles que ya estaba lista la comida. Ni le miré a los ojos. Volví a la cocina a por las bandejas pero Carmen me regañó.

—Pero niña, ¡Cómo se te ocurre! Tú te sientas con tu padre y con el invitado. Y yo voy a servirlos. Además, no me vas a quitar el gusto de ver lo que pasa.

Resignada, fui al comedor. Mi padre y Alejandro estaban de pie, esperando. Cuando me senté ellos también. Yo estaba incómoda pero no iba a estar toda la comida sin mirarle. Dirigí la mirada hacia él y vi que me estaba mirando con esa mirada suya, tan intensa. Pero además, ¿O era mi imaginación? Su sonrisa era irónica o eso me parecía. Yo quería que me tragase la tierra.

Carmen entró con las bandejas, sonriente. Empezó a servirnos.

La comida fue un éxito. Alejandro felicitó a Carmen y le dijo que ni en el restaurante más lujoso se comía tan bien, a lo que ella le dio las gracias. Estaba encantada. No dijo nada de que yo le había ayudado, seguramente para seguir con el papel de señora de la casa que ella me había impuesto.

La verdad es que yo también estaba encantada, puesto que me hubiese disgustado que no hubiese salido bien ¿Por qué? En fin, que no entendía lo que me estaba pasando.

Me encontraba confusa, por una parte creía que iba a estar devastada por lo que había pasado y sí, estaba triste, pero no tanto como debería.

Mi padre y él estaban hablando pero yo no podía seguir su conversación, tan absorta como estaba preocupada por tantas cosas. De repente él se dirigió a mí:

—Ana, ¿Qué es lo que has estudiado?

—Dirección de empresas.

—Muy interesante. Y muy útil teniendo en cuenta que tenéis la fábrica.

—Siempre ha sido muy buena estudiante. Yo no estaba de acuerdo, pero ella se empeñó.

—¿Qué haces en la fábrica?

—No hago nada.

Me sentía fatal, debía responder a sus preguntas pero no quería tratar un tema que era tan doloroso para mí.

—No, no hace nada en la fábrica, su hermano se hará cargo cuando llegue el momento. Ella se encarga de la casa.

Él me miró con ¿Sorpresa?, sus miradas eran difíciles de interpretar.

—¿Queréis café?

Yo solo quería cambiar de tema.

—Sí. —dijo mi padre.

—Voy a la cocina a prepararlo.

Salí deprisa, contenta de tener una excusa para no seguir hablando.

En la cocina estaba Carmen. Estaba encantada.

—Todo un éxito la comida. Y también gracias a ti. Claro que no podíamos decirlo... Y he visto que el invitado te mira de una manera...

—¿De qué manera? La verdad me pone nerviosa como me mira. Parece que sabe lo que pienso.

—Le gustas mucho. Lo noto. Y creo que con el tiempo a ti también.

—No digas tonterías. Además él se irá en cuanto termine lo que ha venido a hacer.

En esta ocasión no dejé que Carmen llevase la bandeja y me dirigí al comedor. Vi que no estaban allí por lo que me encaminé al salón, donde estaban cómodamente sentados. Dejé la bandeja, serví los cafés y, aprovechando que probablemente iban a hablar de negocios, les dije:

—Si me disculpáis me retiro, estoy un poco cansada.

—De acuerdo hija, no te preocupes, si necesitamos algo se lo pedimos a Carmen.

Me fui a mi cuarto, no sin antes decirle a Carmen que estuviese pendiente.

La tarde la pasé atareada entre el jardín y la casa. A la mañana siguiente me sentía mejor, había dormido bastante bien. Me esperaba un día ajetreado. El día anterior al final no había hecho mucho, la verdad, por lo que tenía trabajo acumulado. Pero estaba decidida lo primero de todo a preguntar a mi padre qué negocios se traía con Alejandro. No le iba a dejar que me contestase con evasivas.

—Padre, tenemos que hablar.

—Vaya, qué sería te pones hija.

—Quiero saber qué es lo que estás tratando con Alejandro. Y no me contestes con evasivas. Los negocios que hagas nos afectarán a todos así que quiero saber cuánto antes qué está pasando.

—Alejandro se ha marchado. Tenía un asunto personal muy urgente y se ha tenido que ir. Pero en cuanto vuelva retomaremos las negociaciones.

Vaya, esto sí que no me lo esperaba. Así que tenía mucha prisa. Algo personal, una mujer quizás. Me irritaba todo lo que tuviese que ver con él. Intenté borrarlo del pensamiento.

—Su empresa va a comprar una parte de la fábrica y él está aquí para las negociaciones. Su participación será menor de la mitad, quiero seguir teniendo el control. Pero voy a tener que aceptar sus condiciones, que son bastante leoninas. Pondrá a unos gestores al frente para decidir el nuevo rumbo, aunque ya lo ha perfilado. Se trata de continuar haciendo la misma porcelana pero en menor cantidad por lo que será más exclusiva y cara aún, pero a la vez una más asequible y moderna. Y todo ello con una campaña de publicidad. Yo creo que va a funcionar. Tiene muy buenas ideas y es una persona muy capaz. La mala noticia es que, a pesar de vender parte de la fábrica, una vez pagadas las deudas y, teniendo en cuenta el dinero que hay que invertir para poner en marcha la nueva línea, nos va a quedar poco dinero. La utilizaremos para hacer reparaciones y mejoras en la casa. Pero tengo confianza en que pronto empezaremos a ganar dinero de nuevo.

—Te ha puesto unas condiciones duras, pero creo que tú también las puedes poner: Ya sabes que quiero trabajar en la fábrica y ahora es la ocasión para pedirlo. No creo que se vaya a negar.

—Ya sabes que no me parece hija y, además ¿Por qué habría de aceptar?

Porque le gusto, pensé para mí. Pero ya me había hecho ilusiones con Roberto y me había equivocado, no era una vidente precisamente. Así que tal vez no tuviese sentido hacer una petición que tomase como absurda. Pero era mi mayor ilusión. Trabajar con mi padre, en la fábrica que tanto quería. Me despedí de mi padre intentando que no se notase la decepción y me fui a hacer las

tareas.

Pasaron los días, nuevamente atareada, en el jardín, con Carmen. Me acordaba de Paula y Roberto a veces y pensaba qué estarían haciendo. Cada vez me parecía la noche de la fiesta más difuminada, borrosa. Había noches en que me acostaba y me sorprendía al pensar que ese momento de calma era el único en el que me acordaba de ellos. Naturalmente no habían intentado ningún contacto conmigo desde entonces.

CUARTO

Aproximadamente un mes después, estaba en el jardín recogiendo unas flores para ponerlas en la casa cuando un coche se paró donde yo estaba. Era un coche desconocido, pero lo que pude ver era una pegatina de esas de alquiler, y el corazón me dio un vuelco. ¿Era Alejandro que había vuelto? Me horroricé. Yo estaba vestida con ropa vieja, unos vaqueros gastados y una camiseta vieja. El pelo recogido de forma descuidada en una cola de caballo para que no me molestase. No es que normalmente fuese muy vestida o sofisticada, no me lo podía permitir, pero lo de hoy ya era terrible...

Sí, era él. Se bajó del coche y vino hacia mí:

—Vaya, buenos días, vaya flores más bonitas. Ya me había dado cuenta de que la casa y el jardín estaban llenos de flores pero lo que no sabía es que tú eras la jardinera.

—Sí, bueno, lo tengo que hacer por obligación, pero la verdad es que me gusta. Mi padre no está ahora mismo, te acompaño dentro.

—Mejor nos quedamos aquí, es una pena con un día tan bueno.

—¿Qué quieres tomar?

—¿Qué vas a tomar tú?

—Una limonada.

—Me parece muy bien.

Entré a dar instrucciones a Carmen y fui corriendo a mi habitación. Me puse un vestido rosa, sencillo, me quité la coleta y me cepillé el pelo. También me puse unas bailarinas azules.

Cuando salí ya estaba Carmen dejando la bandeja. Estaba sonriéndole, encantada. No sé porque tenía que sonreírle tanto. Y ahí estaba él, dueño de la situación, sonriendo de esa manera...

—¡Te has cambiado de ropa! La verdad, no hacía falta, también estabas encantadora antes.

Yo ignore el comentario. Era lo único que podía hacer. Eso y que no se me ocurría ninguna replica inteligente. Pero decidí ser audaz e ir directa al asunto que me carcomía.

—Ya me ha dicho mi padre lo que vais a hacer pero, ¿lo ves viable?

—Sí, la fábrica tiene capacidad para una gran producción aunque habrá que invertir en nueva maquinaria. No podía seguir haciendo algo que ya suponía muy pocas ventas. Con el lanzamiento de la nueva vajilla más asequible subirán las ventas. Y con el marketing adecuado, claro.

—¿Vas a dirigirla tú?

—No, yo únicamente voy a estar al principio y luego me iré para ocuparme de otros negocios.

—¿Ya sé que es muy atrevido pero, habría algún puesto en la fábrica para mí?

—La verdad, no lo había pensado. Tengo otros planes.

En ese momento llegó mi padre. Por lo que me disculpé y entré dentro, confundida con lo de “otros planes”. ¿Qué planes? ¿Para qué? ¿Para quién?

Más tarde vi por la ventana que Alejandro se iba y mi padre le acompañaba. Me imaginé que irían a la fábrica. Me hubiese gustado ir, porque hacía muchísimo tiempo que no iba. Pero no me habían invitado.

A la noche, a la hora de cenar, llegó mi padre. Estaba serio, pensativo. Veía esa cara muy a menudo y sabía que no significaba nada más que problemas. Fuimos hacia el comedor.

—Hija, tenemos que hablar.

—Padre, me asustas. He visto tu cara al entrar y ya sé que son problemas.

—No exactamente. Como sabes he ido con Alejandro a la fábrica. Nos hemos reunido con el personal para comunicarles el cambio de rumbo. Aunque estaban preocupados, ya sabes que la mayoría llevan muchos años con nosotros, les hemos tranquilizado. Alejandro es un gran negociador y les ha garantizado que los puestos se iban a mantener. Pero no es de esto de lo que quería hablarte realmente.

—¿De qué querías hablarme?

— Me ha dicho que está interesado también en ti. Que le gustas y me pide permiso para empezar una relación contigo. Si tú aceptas naturalmente.

La cabeza me daba vueltas. No me lo esperaba. Por una parte me sentía halagada pero por otra no entendía porque se había dirigido a mi padre y a mí no me había hecho la más mínima insinuación ¿O sí?

—Padre, pero yo no estoy interesada en él.

—Yo creo que deberías darle una oportunidad. Es un chico excelente. Y hoy he visto en la fábrica que tiene mucho talento, mucha visión con los negocios.

—No tengo el tiempo ni las ganas de empezar una relación ni con él ni con nadie.

—Aunque es tu decisión, creo que deberías intentarlo. Estás siempre metida en casa, trabajando muy duro, a veces siento que tienes demasiada carga para tu edad. Yo lo que quiero es que seas feliz. ¿Me prometes que lo pensarás?

—De acuerdo, aunque ya te adelanto que no cambiaré de opinión. ¿Cenamos? Y por favor no hablemos de nada de esto ahora.

—Está bien.

Esa noche sí que no dormí nada. Estuve dando vueltas, pensando, nerviosa. Oía a Carmen, diciéndome que era un buen pretendiente para mí. La verdad, era agradable, incluso atractivo, pero no quería empezar una relación con nadie. Lo de Roberto estaba muy reciente y todavía dolía. Aunque en esta ocasión la intuición no me había fallado. Sentía que le gustaba y al parecer era cierto. Pero se había ido por un mes por asuntos personales. ¿Podía ser por una novia?

A la mañana me levanté con dolor de cabeza. Tuve que tomar una aspirina. Me fui al baño y vi en el espejo que tenía una cara horrible. De pronto oí a mi padre que me llamaba:

—Hija, ven un momento.

Salí y me encontré con mi padre. A su lado estaba Alejandro, que estaba un poco serio, cosa rara en él. Estaba vestido de modo informal, era la primera vez que lo veía así, ya que siempre le había visto con traje, y parecía hasta más joven.

—Ha venido Alejandro para proponerte que vayas con él a dar una vuelta, si te apetece, claro.

Mi padre me estaba mirando de una forma extraña, como pidiéndome que no me negara. La verdad es que no quería darle un disgusto y no quería ser nuevamente grosera con Alejandro, por lo que dije:

—Me parece bien, pero quiero saber a dónde vamos y qué vamos a hacer, para ponerme la ropa adecuada.

—Con lo que llevas estás bien, únicamente unos zapatos cómodos porque vamos a andar un poco.

Salimos. Yo tenía dolor de cabeza pero ya me había tomado una aspirina y suponía que en breve me iba a hacer efecto. Me apetecía salir, ya que suponía que iba a tener unas horas de descanso. Iba a intentar divertirme un poco, no todo iba a ser trabajar.

—Ya sé que esto es un poco extraño, pero he pensado que podíamos dar una vuelta para

conocernos mejor. Llevo trabajando mucho tiempo sin descanso y necesito desconectar un poco. Y creo que a ti también te hace bastante falta. He preguntado donde estoy alojado a dónde podíamos ir y me han dicho un sitio muy bonito, si te parece. Aunque hay que andar un poco.

—Me parece bien, y la verdad sí que necesito desconectar.

Así que montamos en el coche y nos pusimos en marcha. Íbamos en silencio, pero no era un silencio incómodo. Yo miraba por la ventana, disfrutando del paisaje, relajada por primera vez en mucho tiempo. Vi que nos dirigíamos a la playa, esa playa a la que tantas veces había ido de niña con Carmen y luego con Roberto y con Paula. Sentí la nostalgia, nuevamente por ese tiempo pasado que ya no volvería. Me puso un poco triste.

Después de casi media hora, estábamos llegando al parking más cercano a la playa y, cuando pensaba que íbamos a ir allí, Alejandro me dijo:

—Ahora tenemos que ir hacia la derecha, que es por donde me han dicho que se va al faro. Está justo en el acantilado pero parece que ya no se utiliza, que hay otro un poco más arriba que es más nuevo. Debe ser una buena caminata. ¿Te parece bien?

—Sí, me has dicho que íbamos a andar y me parece muy bien. Me apetece andar algo y desentumecerme. Y, aunque no te lo creas, no conozco ese recorrido. Las veces que he venido aquí nos hemos quedado en la playa.

Comenzamos a andar. Al principio el camino era suave, un camino de grava. Veíamos alguna granja y vacas, muchas vacas por todas partes, que nos miraban fijamente. Pero después el camino empezó a ascender, poco al principio y más después, aunque zigzagueaba creo que en un intento por suavizar la dureza de la pendiente.

Llegamos a un alto. Nos encontrábamos en una zona llana, con una vegetación distinta, no había árboles, solo algunas matas bajas, y al fondo, como a doscientos metros estaba el faro, alto, blanco, en el borde del acantilado. Llegamos hasta allí y vimos un paisaje increíble: los acantilados y el mar, rompiendo contra la roca con furia. Algunos barcos aquí y allá rompían el azul. Estaba fascinada por el increíble paisaje.

Me volví y le vi mirándome con esa mirada suya tan penetrante.

—¿Te gusta? No lo conocías ¿No?

—No, y no me puedo creer que tan cerca de casa haya un sitio así y que no lo conozca. Me gustaría pintarlo, es increíble el color del mar. Y la vegetación tan distinta, con tantos tonos de verde...

—Pues me alegro. Podemos pasear un poco más por aquí. No sabía que pintases. Me tienes que enseñar algo de lo que haces.

—No soy más que una aficionada, pero hace muchísimo que no pinto. Lo único que hago ahora que me gusta es cuidar del jardín, aunque también es una obligación.

Estuvimos paseando y un rato después comenzamos el regreso. No pensé que sería más complicado, pero lo era porque la cuesta era muy empinada y a cada rato tenía que pararme para pensar en donde pisar. Él estuvo todo el rato pendiente de mí y me daba la mano para ayudarme.

Fuimos al coche y me propuso ir a comer. Llegamos, después de un cuarto de hora, a un restaurante que estaba un poco apartado. El lugar era pequeño y antiguo y parecía el típico negocio familiar. Creía que me iba a llevar a un sitio más moderno y ostentoso para impresionarme, aunque a mí no me hacía falta nada de eso. Además no sabía si ganaba mucho dinero en su trabajo. Lo que sí me impresionó fue la comida, tan exquisita, tan rica, como la de Carmen pero distinta.

—Te llevo a tu casa, salvo que quieras ir a algún otro sitio.

—No, está bien. Me han gustado mucho el paseo y la comida. Te agradezco el día de hoy, de verdad.

—Me alegro, creo que nos ha venido bien.

—Sí, yo también lo pienso.

Volvimos en el coche, en silencio nuevamente. Yo me sentía bien, relajada, con una sensación muy agradable de lasitud. Me volví y lo mire, tan serio, tan concentrado. Me sentía agradecida hacia el por lo bien que se portaba conmigo, solo pensando en agradarme. Y me invadió nuevamente una sensación de serenidad, de sentirme segura y confiada. Era con él con quien sentía eso, con Roberto nunca lo había sentido.

Llegamos a la casa y vimos que había un coche fuera. Era un coche deportivo, bajo, descapotable. Entramos en la casa y oímos voces en el salón. Nos dirigimos allí y nos encontramos con mi hermano y mi padre, y una chica que no conocía.

—¡Hola hermanita! Te presento a Rosa. La he conocido en Londres y nos hemos hecho amigos.

—Encantada.

Y mi padre:

—Hijo, te presento a Alejandro, que es el con el que estamos haciendo negocios.

—Encantado, te presento a Rosa.

—Sí, ya la conozco.

Entonces me di cuenta de que Alejandro estaba mirando a Rosa de una forma extraña. Y de que estaba tenso. Rosa, a la que no la conocía aun, parecía no darse cuenta, mirando cómo estaba a mi hermano, como despreocupada, pero me daba la sensación de que también estaba incómoda.

—Hija, he pensado que podíamos cenar todos juntos.

Maldije la manía de mi padre de invitar tanto. ¿Acaso no se daba cuenta de que era muy complicado sin dinero? El otro día éramos tres y hoy cinco. A lo que Alejandro dijo:

—Acepto encantado pero me vais a permitir que vaya a comprar el vino para la cena, iremos Ana y yo.

Mi padre dijo que le parecía muy bien.

Fuimos a hacer las compras. No solamente compró vino, sino también champán y un montón de comida exquisita pese a mis protestas. Me sentía muy agradecida pero no sabía muy bien como decírselo así que opte por no decir nada.

Llegamos a la casa y me acompañó a la cocina con las compras. Para mi sorpresa y la de Carmen, empezó a vaciar los paquetes y nos ayudó a cocinar haciendo de pinche. Yo estaba un poco avergonzada pero Carmen estaba encantada.

Pusimos la mesa entre los dos y llevamos algunas bandejas. Avisamos al resto y empezamos a cenar. Note que otra vez había tensión entre Alejandro y Rosa. Me preguntaba qué es lo que había pasado entre ellos. ¿Sería ella el motivo por el que se había marchado? Me sentí aliviada cuando termino la cena.

—Os agradezco la hospitalidad pero debo marcharme. Rosa, ¿Quieres que te acerque a algún sitio?

—No, gracias, me voy a quedar aquí que me ha invitado el padre de Ignacio.

—Ana, ¿Por qué no le acompañas al coche? Hasta mañana.

Yo no estaba de humor para eso. Ahora sí que estaba segura de que entre ellos había habido algo... Y encima le tenía que acompañar fuera. Salimos.

—Muchas gracias por todo. Ha sido un día estupendo.

—Me alegro, aunque igual preferirías que fuese Rosa la que estuviese aquí.

No podía evitarlo, se me notaba el enfado. Él se ríó.

—No podría desear otra persona aquí y ahora. Aunque estés enfadada. ¿Por qué? Me miras como si quisieras asesinarme.

—Son imaginaciones tuyas.

De repente me dio un beso en la mejilla, sin avisar. Me dejó sin saber que decir. Odiaba eso, el quedarme sin saber que hacer o decir ante él.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

¿Qué podía decir? Sabía que le vería todos los días hasta que terminase lo que tenía que hacer.

QUINTO

A la mañana siguiente me levanté decidida a hablar con mi hermano, para preguntarle qué pensaba hacer, si se iba a quedar, empezar a trabajar en la empresa. Y qué era ese coche tan caro que estaba fuera. El día anterior había sido imposible hablar. Fui a la cocina para hablar con Carmen.

—Niña, tu padre y tu hermano han salido temprano, han ido a la fábrica. Han dicho que iban a volver tarde, que tenían varias reuniones. La que si está es esa chica, Rosa, que está durmiendo todavía. No me gusta nada esa chica para tu hermano.

—Qué pena, quería hablar con mi hermano. Rosa me parece que ha tenido algo que ver con Alejandro. No he hablado con ella, no sé qué pensar.

—Ya me extraña que Alejandro haya tenido algo que ver con Rosa. Es una chica muy vulgar. Y tú hermano no sé tampoco lo que hace con ella, aunque a los dos les guste la buena vida.

Me despedí de Carmen y salí a hacer mis cosas. No quería hablar de Rosa. No hacía más que pensar en ella y Alejandro, lo que me irritaba sobremanera.

A la hora de la comida apareció Rosa. Recién levantada, sin maquillar, vi claramente lo que me había dicho Carmen: Que era vulgar. No era guapa, pero tampoco fea y tenía unos labios muy pequeños en un mohín continuo que denotaban que era caprichosa. Me maravillé de lo que unos cosméticos podían hacer: convertirla en una persona totalmente distinta a lo que era en realidad. A la noche había parecido una joven atractiva, pero ahora a la luz del día con una, supongo, resaca por todo lo que había bebido, parecía mayor y estaba también demacrada. Decidí ser atrevida.

—¿Hace mucho que conoces a Alejandro?

Dio un respingo.

—Sí, hace tiempo.

—¿Pero de qué le conoces?

—De unos amigos comunes. ¿Por qué quieres saberlo?

—Mi padre está haciendo negocios con él y por eso quiero saber un poco más de él.

Mentí, lo que quería saber es si habían sido novios. Pero no lo podía preguntar. Y sí, quería saber algo más de él. Me importaba menos saber de ella, pero le pregunté:

—¿Cómo conociste a mi hermano?

—Hace un mes más o menos. Yo acababa de llegar a Londres y él también. Nos conocimos en un restaurante. Él me contó cosas de su familia, de vosotros, de la fábrica que va a dirigir. Conectamos en seguida.

Hace un mes. El tiempo que él se había marchado para arreglar sus asuntos personales. Sabía que era por ella, pero ni ella ni él iban a decir nada al parecer. Noté que me irritaba.

No volví a ver a Rosa en todo el día. Salió en el descapotable, que al parecer era de ella, y para cuándo volvió y volvieron mi hermano y mi padre yo ya estaba dormida.

A la mañana siguiente me levanté temprano. No había dormido bien, últimamente no hacía más que dar vueltas, que si mi hermano, que si Rosa, que si Alejandro...

Estaba en la cocina con Carmen cuando apareció Alejandro en su coche de alquiler. Yo estaba irritada con él y no salí a saludarlo. Imaginé que iría al despacho de mi padre. Pero no, apareció en la cocina, sonriendo, como si nada. Y Carmen encantada, todo lo que hacía él le parecía bien.

—He venido para hablar contigo. Salgamos al jardín.

—Tengo cosas que hacer, lo que quieras dímelo aquí.

—Pero niña, claro que puedes salir. Faltaría más.

Me mordí la lengua para no decirle a Carmen lo que pensaba. Que no quería hablar con él, y menos a solas. Salimos.

—Ayer tuvimos un día muy ajetreado y no te pude ver. Me dio mucha pena. Pero siento que estás como enfadada conmigo. No lo entiendo.

—Es que siento que hay algo entre Rosa y tú, se nota tensión entre vosotros y ella está con mi hermano.

—¿Es por eso que estás molesta conmigo? ¿De verdad? Entre Rosa y yo no ha habido, hay, ni habrá nada nunca. Si el otro día me ofrecí a llevarla era para decirle cosas que no pude decirle en su momento porque se escabulló. ¿No estarás celosa?

Soltó una carcajada y me miró con esa mirada irónica suya. En ese instante me di cuenta de que sí, que estaba celosa, de que otra mujer pudiese estar o haber estado en su vida. Y también me di cuenta de que estaba enamorada de él. Me senté en un banco y miré hacia otro lado para disimular mi turbación.

—Lo que venía a decirte es que en breve terminaré aquí, me iré a mi casa unos días pero luego me voy al extranjero unos meses por negocios. No puedo soportar la idea de estar lejos de ti tanto tiempo así que te propongo que nos casemos. Ya sé que es muy precipitado pero no creo que a tu padre le parecería bien que nos fuésemos como si nos hubiésemos fugado.

Ahora sí que me había dejado sin habla.

—¿Qué te parece? No me dices nada.

Me miró como suplicando. Nunca me había mirado así y sentí que me desvanecía. Todo me daba vueltas.

—Por favor dime algo y no me mires como si te fueses a desmayar.

Hice un esfuerzo y le dije:

—Es todo muy repentino, lo tengo que pensar.

Noté el alivio en su cara. Creo que estaba preparado para un no.

—Bien, piénsalo. No diremos nada a nadie hasta que lo decidas. Y ahora, ¿Te puedo dar un beso?

—Sí.

Me besó, con suavidad, con cuidado. Fue muy bonito.

—Me marchó que tengo cosas que hacer. Saluda a tu padre de mi parte. Adiós.

Me dejó allí, en el banco. Yo no podía dejar de pensar, no me podía creer lo que estaba pasando. Sabía muy poco de él pero no me importaba, con él me sentía tranquila. Y le quería. Como no había querido a nadie. Me daba cuenta de que no había querido realmente a Roberto. Me gustaba, pero no sentía lo mismo. Por eso no me había dolido tanto. Ahora me daba cuenta.

Note que Carmen me llamaba:

—Pero niña, que ya es la hora de la comida. ¿Qué haces ahí tanto tiempo sentada?

Me levanté y fui al comedor. Allí estaban mi padre, mi hermano y Rosa. Comí mecánicamente, ajena a la conversación, con la cabeza en otra parte y en ninguna. No hacía más que dar vueltas a su proposición, que me parecía increíble. Pero me hacía ilusión, mucha. La verdad no sabía dónde iba a vivir, sabía solamente que él era de Toledo y que iba a pasar unos meses en el extranjero. Lo cual me apetecía mucho.

Pero de repente me preocupé: ¿Cómo se iban a arreglar mi padre y mi hermano? ¿Y Carmen?

La casa era demasiado para ella sola. Tal vez debíamos contratar a alguien para que le ayudase. Pero no teníamos dinero para ello. Se suponía que las cosas iban a mejorar, pero eso llevaría tiempo. Lo tenía que hablar con Alejandro.

Pensé que tenía que solucionar esa cuestión y hablarlo con él. Y llamarle. Pero no tenía su teléfono. Y no sabía dónde se alojaba. La verdad era exasperante saber tan poco de él. Me irritaba sobremanera. Así que le pregunté a mi padre como sin importancia:

—Padre, Alejandro no es de aquí ¿No? ¿Dónde se aloja?

—No, no es de aquí. Está alojado en el hotel Central.

Cuando terminé la comida me marché diciendo que tenía que hacer unos recados en el pueblo. Y sí, me pase por la cocina para recoger la lista.

Cuando llegué al hotel pedí en recepción para que avisasen a Alejandro de que le estaba esperando en la cafetería. Diez minutos después ahí estaba él, vestido de manera informal, con unos vaqueros y una camisa blanca. Lo encontré muy guapo.

—Tenemos que hablar —le dije muy serio.

El me miró también muy serio, nunca le había visto así.

—No pienso de ninguna manera casarme contigo si dejo a Carmen, a mi padre y a mi hermano solos. Debería contratar a alguien para que les ayude pero no tenemos dinero. Lo siento, pero no les voy a abandonar para irme contigo al extranjero.

La cara de alivio de Alejandro era un poema. Yo no entendía nada, como siempre. ¿Por qué era tan misterioso? Me gustaba y enervaba a partes iguales.

—No te preocupes por eso. Dentro del dinero que mi empresa va a invertir en la fábrica podríamos incluir el sueldo de una persona o dos para que trabajen en la casa. Cuando la fábrica dé beneficios, en unos seis meses, tu padre les podrá pagar directamente. ¿Esto quiere decir que quieres casarte conmigo?

—Sí.

—Estupendo, dentro de una semana tendríamos que ir a mi casa para organizar lo del viaje al extranjero. Hoy es miércoles, ¿Te parece que nos casemos el sábado? Yo solo tengo un hermano, ya lo conocerás, pero no vendrá, ahora mismo no está en condiciones de viajar. Querría algo sencillo si te parece.

—Me parece muy bien. Le diré a mi padre que hable con el alcalde que es su amigo. Buscaré algún vestido de mi madre que sea apropiado. Y una criada claro, que ayude a Carmen.

Luego me besó. Fue un beso largo, pausado, y yo creía que me deshacía en su abrazo. Todo iba muy rápido pero no me importaba.

Me fui como en una nube. Cuando llegué a casa me di cuenta de que no había hecho las compras. Fui a la cocina a decírselo a Carmen.

—Vaya niña, vienes muy contenta.

—Sí, Alejandro me ha pedido que me case con él y le he dicho que sí. El sábado. La semana que viene nos iremos a su casa y después unos meses al extranjero.

—¡Cómo me alegro! Ya te lo dije, que te iba a acabar gustando. Aunque me da pena que te vayas lejos, me alegro mucho. Me gustaría que me llevases contigo pero será imposible.

—Nada me gustaría más. Tal vez cuando estemos de vuelta... de momento vamos a contratar a una persona para que te ayude, que esta casa es muy grande. Voy a decírselo a mi padre.

Fui al despacho de mi padre y allí estaban él y mi hermano. Les solté a bocajarro:

—El sábado me voy a casar con Alejandro. ¿Puedes hablar con el alcalde para que lo organice? Y después podemos hacer una pequeña recepción aquí, algo sencillo puesto que no

vamos a ser muchos.

Salí dejándolos con la palabra en la boca. Yo estaba exultante, con mil cosas que hacer. Me crucé con Rosa y se lo solté:

—El sábado me caso con Alejandro.

—Me alegro. El sábado voy a estar fuera todo el día, ya siento no poder asistir.

Marché nuevamente al pueblo a hacer los recados. En la tienda pregunté por si sabían de alguien para trabajar en la casa y Emilia, la dueña, me dijo:

—Casualmente mi hija ha terminado los estudios y está buscando trabajo. Nada me gustaría más que trabajase para vosotros. Mañana le digo que se pase por vuestra casa.

Volví al hotel para hablar con Alejandro. Cuando bajó me dijo:

—¿Sabes que no me estás dejando trabajar con tanta interrupción?

Pero sonreía. Le conté todas las novedades, que ya casi teníamos criada, que Rosa no iba a estar en la boda, a lo que él hizo un gesto de alivio... Me interrumpió diciendo:

—He pensado invitar al padre de Laura, si te parece. Me está asesorando en unas cuestiones y tengo un cierto compromiso con él. Pero si no quieres no le invito.

—No hay ningún problema. He pensado que hagamos una recepción en casa.

—Me parece bien, pero pediré al hotel que lo hagan todo ellos, no quiero que nadie trabaje. Eres capaz de ponerte a cocinar.

Sonreí y él me besó. Me sentía tan feliz que tenía ganas de gritar.

Los días pasaron rápido. Del miércoles al sábado en un frenesí de recados, de cosas que había que hacer, en enseñar a Alicia, la hija de Emilia, las tareas, en empezar a hacer la maleta para un viaje de muchos meses... Me descorazonaba tener tan poca ropa, me imagino que algo podría comprar pero no sabía si Alejandro ganaba mucho. Aunque llevaba casi toda la vida viviendo de forma frugal por lo que no sería problema.

Encontré un vestido de fiesta de mi madre precioso. Era un vestido de satén blanco de tirantes con otro vestido de tul encima con unas delicadas flores bordadas en la zona de la cintura. En cuanto lo vi supe que era mi vestido de boda.

SEXTO

El sábado llegó al fin, el día de la boda. Me levanté muy temprano, había niebla pero el día iba a ser soleado, precioso. Estaba nerviosas y baje a la cocina a desayunar. No había nadie y me preparé el desayuno. Me lo tomé con calma, me gustaban esos momentos a solas y ese día iba a ser ajetreado. De repente alguien tocó en la puerta que daba a la calle. Me asusté pero pregunté:

—¿Quién es?

—Un novio nervioso.

Abrí y era él, con una gran sonrisa. No me lo esperaba, no pude evitar sonreírle también.

—Quería verte ahora, no podía esperar. Te he traído un regalo.

—No hacía falta, con que vinieses tú era suficiente.

—Pedí que me trajesen estos pendientes que eran de mi madre y llegaron ayer por la noche. Me gustaría que te los pusieras hoy.

Eran unos pendientes antiguos, muy bonitos. En el centro una perla, rodeada de piedras que parecían brillantes. Todo ello engastado en plata aunque el resto del pendiente era de oro. Le dije que naturalmente me los pondría. Que eran muy bonitos.

—Hasta luego, futura esposa.

—Hasta luego, futuro esposo.

Fui a la habitación. La boda era a la una pero había cientos de cosas que hacer. Carmen y yo íbamos a la peluquería y a la vuelta teníamos que comprobar que todo estuviese bien, el catering, vestirnos, una locura.

Mi hermano había insinuado que igual se iba con Rosa en lugar de a la boda a lo que Carmen le armó un escándalo que no se le ocurrió volverlo a decir. Yo no le dije nada agotada como estaba con todos los preparativos pero no me podía creer que fuese tan egoísta.

Fuimos al ayuntamiento los cuatro: mi padre, mi hermano, Carmen y yo. El ayuntamiento era pequeño: Un hall que daba a un mostrador donde atendían, aunque como era sábado no había nadie, y a la izquierda del mismo una puerta donde ponía "alcalde". Alejandro estaba en el hall, esperándonos, con un traje azul oscuro, camisa blanca y corbata granate. Estaba guapo pero a mí me gustaba más en vaqueros. Sonrió pero se le notaba nervioso. Yo también sonreí pero me parecía que no era yo la que estaba allí, que era otra persona.

Al oír ruido, el alcalde salió de su despacho y nos hizo entrar. La ceremonia fue corta pero muy bonita. Después nos fuimos todos a la casa donde nos estarían esperando los invitados.

Fue un día bonito, soleado y ese día lo recuerdo como en una nebulosa, era todo como irreal, no estaba pasando, no era yo la que se casaba. Los padres de Laura se me acercaron y me felicitaron, y por un momento sentí pena. Alejandro, viendo que estaba incómoda, vino a rescatarme, y agradecí una vez más lo que se preocupaba por mí, tan pendiente de que yo estuviese bien que hasta me abrumaba un poco.

Y me miró, con una mirada que me derretía. Y me sonrió y le sonreí y supe que le quería y que iba a ser para siempre.

La noche de bodas la pasamos en el hotel. Fue mágica.

Los demás días pasaron nuevamente en un frenesí. Había tanto que hacer, despedirse de todo el mundo, organizarlo todo. Incluso fuimos a la fábrica, lo cual me hizo mucha ilusión.

Una nueva vida se abría ante mí, tan distinta a la que había tenido hasta entonces. Una vida apasionante y, lo más importante de todo, junto a Alejandro. No podía ser más feliz.

SÉPTIMO

El miércoles salimos hacia Toledo. Fuimos en el coche de alquiler. Fueron unas horas en las que hablamos sin parar, de todo, tan poco sabíamos el uno del otro, aunque él sabía bastante más de mí.

Me contó que su padre había muerto en un accidente de coche cuando tenía ocho años y su madre de una enfermedad cuando contaba catorce. Su hermano era dos años menor que él. Su abuelo se hizo cargo de ellos, pero era muy distante, siempre ocupado en sus negocios. Así que ellos fueron internos a un colegio. En las vacaciones de Navidad y verano iban a la casa del abuelo que era donde vivían ahora y a donde íbamos. El abuelo falleció hacía cinco años y les había dejado los negocios, que administraban ambos.

Yo estaba sorprendida: ¿Así que no era un empleado de una empresa, sino el dueño? Y así se lo dije.

—¿Así que pensabas que era un empleado? Yo nunca te he dicho nada para que pienses así.

—Pero tampoco que eras el dueño, así que yo pensaba que estabas trabajando para otros.

Cuando estaba anocheciendo llegamos a la casa. O mejor dicho, a la entrada, con un enorme portón que se abrió cuando nos estábamos acercando. Entramos a un camino asfaltado. A ambos lados había olivos perfectamente alineados, cientos. Llegamos después de recorrer lo que me parecieron kilómetros ante una gran casa blanca. La parte central tenía dos plantas y a cada lado había un ala de una planta. Delante de éstas había plantadas gran cantidad de hibiscos, llenas de sus flores rojas lo cual hacía un contraste espectacular.

Entramos en la casa a un espacioso hall que estaba en penumbra. De ahí se accedía a un patio que estaba lleno de plantas y árboles, lo cual me imagino que era para que la luz del sol no entrase en verano. El murmullo de una fuente hacía que el lugar fuese muy agradable. No me atrevía a decir nada ni a preguntar, de tan abrumada como estaba.

Apareció una mujer, de mediana edad, vestida de manera impecable. Sonrió y me pareció muy agradable.

—Esta es María, el ama de llaves. Es la que hace que todo funcione en la casa.

—Encantada.

—Yo también estoy encantada. Vaya, se fue a hacer negocios y se trae a una esposa. Estamos todos sorprendidos, pensábamos que nunca se iba a casar.

Y, dirigiéndose a Alejandro:

—El que no está es tu hermano, se ha ido a la casa de la playa. Está algo mejor. Deberías decirle que estás aquí para que vuelva.

—Mañana le llamaré, sí, me gustaría que viniese. Nos vamos al extranjero unos meses y en pocos días salimos. Ahora igual comemos un poco y nos vamos a dormir.

—Sí, todo está preparado.

Cenamos. Yo estaba callada, no sabía que decir, era mucha la información que tenía que asimilar. Que él era rico estaba claro. Y que yo era más pobre que las ratas también. Pero a él no le había importado y a mí que fuese rico sí. ¿Me hubiese casado con el de haberlo sabido? No lo sabía y ya era tarde para eso. Suspiré y me miró inquisitivo.

—¿Qué te pasa? Estás muy callada.

—Es que no sabía que fueses rico. No sé qué pensar.

—No te preocupes por eso, lo que me gusta es que no lo supieses y no te importase. Mañana saldremos a ver la finca. Te gustará, pasaremos el día viéndola.

Al día siguiente salimos, él llevaba una cesta con comida, así que deduje que iba a ser un picnic. En la puerta había un Land Rover verde.

—¿Pero no vamos a ir andando?

—Creo que es un poco grande para eso. Son mil hectáreas en total.

Y me explicó que cuatrocientas cincuenta hectáreas eran de monte, que había todo tipo de animales, ciervos, jabalíes, y que lo cedían a cazadores cuando era la temporada.

El resto se componía de dehesas donde pastaba el ganado, olivares, charcas, y construcciones varias, incluidas la casa principal, las del personal y la de los invitados.

Recorrimos el camino, que de ser asfaltado pasó a ser de tierra, pasando entre olivares y terrenos de pasto. Entonces el camino empezó a ascender un poco y el paisaje cambió a uno boscoso y pedregoso.

Yo me preguntaba a dónde íbamos y, él, como siempre adivinando, me dijo:

—Vamos a llegar a un sitio donde termina el camino. Tendremos después que andar un poco pero es para ver la mejor vista que te puedas imaginar.

Paró el coche y fuimos andando por un pequeño sendero durante unos quince minutos. Una enorme roca taponaba el sendero a lo que él me dijo:

—Ahora un pequeño esfuerzo, tenemos que subir a la roca.

Y así hicimos, el ayudándome a subir. La vista era espectacular, se veían varios kilómetros a la redonda. La casa se veía a lo lejos, pequeñita. Y se veían los pastos, los olivos, construcciones aquí y allá. Y varias charcas, y una bastante más grande, como un lago.

—Siempre me ha gustado este lugar. Me gustaría construir una casa aquí, pero nunca he tenido tiempo, además habría que hacer el acceso antes de nada.

—Entiendo lo que dices. Me parece un sitio estupendo, como una atalaya. Yo disfrutaría pintando todo lo que se ve. Podría dibujar cientos de cuadros.

—Tal vez no tengas demasiado tiempo para eso. He pensado que cuando volvamos del extranjero administres la hacienda. Es lo mismo que una empresa en realidad. Nunca he puesto demasiado interés, entre otras cosas porque con todas las empresas que tenemos no puedo. Ahora mismo no da beneficios, pero soy incapaz de despedir a nadie y no lo puedo administrar. Es una cuestión sentimental por lo que la tengo y además es toda mía. Comparto casi todo con mi hermano pero esto me lo dejó el abuelo a mí. Creo que es porque sabía que yo no lo vendería y mi hermano sí. Siempre he tenido un vínculo especial con este lugar. A mi hermano a cambio le dejó la casa en la playa, que es en realidad un caserón rodeado de jardines. Podemos ir algún día.

—Estoy viendo que eres un sentimental y me gusta. Y me encanta la idea de administrar la finca, aunque me da miedo no hacerlo bien.

—Sé que lo harás bien. Y ahora deja que te bese, es algo que llevo rato queriendo hacer.

Y así terminamos la conversación. Lo vimos todo o casi todo, aunque era inmenso. Y hablamos con algunos trabajadores que nos encontramos. Nos felicitaron, y noté que apreciaban mucho a Alejandro. Él sabía todos sus nombres y les preguntaba por los hijos, por sus asuntos.

—Conoces a todos los trabajadores, ¿Son muchos?

—En plantilla son veinte y viven aquí con sus familias en varias casas. Todos llevan muchos años con nosotros e incluso han empezado a trabajar también los hijos, son como de la familia para nosotros.

Llegamos a la casa cuando estaba anocheciendo. Alejandro se fue a llevar el coche al garaje y yo entré para decirle a María que ya estábamos de vuelta. Fui a buscarla a la cocina y, antes de llegar, de una salita salió un hombre. Tenía un cierto parecido con Alejandro, aunque era más bajo por lo que deduje que era su hermano.

—¿Así que tú eres la flamante mujercita de mi hermano? Tienes que ser muy hábil para haberle cazado tan rápido.

—Perdona pero eso no es cierto. Me parece muy injusto por tu parte y además no me conoces.

—No me hace falta, todas sois iguales. Cuando se trata de la fortuna de los Echegoyen, todo el mundo nos hace la pelota y nos intenta sacar el dinero.

—Veo que ya os habéis conocido —dijo Alejandro apareciendo de repente muy serio, por lo que deduje que nos había oído.

No digas tonterías hermano, porque te haya engañado Rosa no quiere decir que todo el mundo sea igual. Vamos a dejarlo aquí, mañana hablaremos con más tranquilidad.

Me cogió del brazo y me saco de allí. Fuimos a la habitación. Yo no podía esperar.

—¿Esta Rosa es la que pienso? ¿La que está con mi hermano?

—Sí, no te he contado nada porque era muy doloroso para mí y muy reciente. Rosa engatusó a mi hermano, éste le regaló el descapotable que conoces. Después, le contó una historia de su padre muy enfermo que necesitaba un tratamiento muy caro, además del viaje para ir a verlo. Mi hermano le dio un montón de dinero y se fue para no volver. Ella cortó toda comunicación. Cuando estuve un mes sin verte fue porque vine a resolverlo.

Mi hermano estaba destrozado, no lo quería aceptar. Fue un mes muy duro y muy largo hasta que vi que empezaba a asumirlo. Pero ahora está muy amargado. No sé si alguna vez se recuperará de esto.

—No sabes cuánto siento todo esto. Y yo pensando que tenías algo con Rosa.

—Sí lo tenía, pero justo todo lo contrario de lo que pensabas. Y ahora bajemos a cenar.

Bajamos. Su hermano no estaba lo cual era un alivio.

A la mañana siguiente, en el desayuno, sí estaba. No me dijo nada y no percibí en él hostilidad. Pero si noté lo que me dijo Alejandro, que estaba amargado. Me dio pena que estuviese sufriendo tanto. Debía prevenir a mi hermano para que no le pasase lo mismo. Pero debía pensar antes como abordarlo.

—Si te parece hoy podemos ir a hacer compras. Tenemos que equiparnos antes de ir de viaje.

Equiparme a mí quería decir. Que él había cargado mi maleta en el coche y se había dado cuenta de lo poco que pesaba. Le agradecí en mi fuero interno (otra vez) lo que se preocupaba por mí y lo considerado que era.

Cogimos un coche, que no era el todo terreno del día anterior y nos pusimos en marcha.

—Esta mañana, antes de desayunar le he dicho cuatro cosas a mi hermano sobre lo de ayer. Y que tú no estás conmigo por dinero. Lo ha entendido. Es la mejor persona del mundo pero ahora lo está pasando mal. Cuando lo conozcas mejor te gustará.

—No te preocupes, lo entiendo, ahora en lo que estoy pensando es en avisar a mi hermano.

—No te va a hacer caso, pero no te preocupes por eso, a tu padre ya le dije algo, y tu hermano de momento no tiene el control de la fábrica, por lo que no creo que haya problema. Cuando vea que no va a sacar nada se marchará.

Rosa primero vino a por mí, o mejor dicho a por mí dinero. No me gustaba y sus intenciones eran claras. Le dije lo que pensaba de ella y creo que hasta fui grosero. Así que después fue a por mi hermano pero se aseguró de que fuera secreto. Mi hermano estaba continuamente viajando con

ella. Trabaja en las empresas pero en realidad es casi un cargo honorífico, yo soy el que las lleva realmente, por lo que podía ausentarse sin problema. Y además yo estaba con el asunto de vuestra fábrica por lo que no estaba pendiente ni dándome cuenta de nada. Hasta que ella le abandonó. Y el resto ya lo sabes.

Y me había enamorado de ti, así que tampoco podía pensar con claridad —me dijo con sorna.

—¿Cuándo te enamoraste de mí?

—La primera vez que te vi, cuando entraste y yo estaba hablando con tu padre. Me pareciste maravillosa. Y me lo sigues pareciendo, claro. ¿Y tú cuándo?

—No sé cuándo en realidad, pero quizás la primera vez que bailamos, en la fiesta donde anunciaron el compromiso. Me sentí muy bien entre tus brazos, tranquila y confortada. Aunque con el golpe que me supuso la traición de Roberto yo estaba muy disgustada y no me di cuenta. Después me molestaba y me enervaba todo lo que tenía que ver contigo. Creo que no quería admitirlo. Puedo ser muy cabezota en ocasiones.

Fuimos de compras. El me aconsejó lo que tenía que comprar, principalmente ropa y calzado cómodo para viajar, y algún traje más elegante. El primer lugar al que íbamos a ir era Londres, y me dijo que allí podría comprar más ropa, que eso solo era para pasar. A mí me parecía muchísima ropa, pero él riendo me dijo que no era nada. Si a la vuelta teníamos demasiado equipaje, siempre podíamos enviarlo aparte.

OCTAVO

Fuimos a Londres, donde íbamos a estar un mes. Yo me pasaba el día viendo museos, paseando, comprando. También aproveché para mejorar mi inglés que no era malo pero sí mejorable. Y compraba cosas. A mí me parecía mucho, pero Alejandro se reía y me decía que no era nada. Pero lo que más compré fueron regalos para mi padre, mi hermano y Carmen, que les iba enviando. Y algunos para Alejandro, aunque me daba apuro porque eran comprados con su dinero, pero él me lo agradecía igual.

Yo me sentía un poco mal, me pasaba el día haciendo turismo mientras Alejandro trabajaba. Pero a la tarde venía al hotel donde nos alojábamos y salíamos. Entonces paseábamos y yo le enseñaba los sitios que había descubierto durante la mañana, como un increíble puerto cerca del Tower Bridge. Era un pequeño puerto interior con unas pocas barcazas rodeado de casas. Era un lugar increíble, como increíble era el lugar donde estaba. Alejandro conocía muy bien Londres y le sorprendió descubrirlo.

Cenábamos en un lugar distinto cada noche. Normalmente eran pequeños restaurantes apartados del bullicio donde se comía realmente bien.

Entonces él me contaba lo que había hecho durante el día y me maravillaba su capacidad, su memoria, todos los negocios diferentes que tenían. Me explicaba muchas cosas, también de la hacienda, en un intento por prepararme para administrarlo. Yo estaba abrumada y no sabía si iba a hacerlo bien, aunque iba a hacerlo lo mejor que pudiera. Pasamos unos días muy agradables.

Era otoño, anochecía pronto y empezaba a hacer frío. Pero no me importaba nada, pasaba la mañana ocupada en mil cosas, pero lo que realmente quería era estar con él. Y él también me demostraba que quería estar conmigo. Eso, pensaba yo, era el amor verdadero.

Cuando quedaban pocos días para marcharnos, Alejandro me dijo que íbamos a ir a una fiesta al día siguiente. Se trataba de una empresa con la que iban a hacer negocios y le habían invitado a la sede principal, que estaba en la City.

Después íbamos a ir a Nueva York, pero allí no estaba muy claro cuánto íbamos a estar, la estancia iba a ser más o menos larga dependiendo del resultado de las negociaciones que allí se hiciesen.

Llegó el día de la fiesta. Yo me puse un vestido negro muy sencillo y elegante que había costado una fortuna. Lo compré en Toledo. Si no hubiese estado Alejandro no lo hubiese comprado, pero él me convenció diciendo que estaba espectacular con él.

Fuimos a la sede de la empresa, que era un edificio alto, imponente, como los que le rodeaban. Subimos al último piso, que era el de los ejecutivos, con una gran sala de reuniones que era donde se celebraba la fiesta. Había mucha gente, y unos camareros con chaqueta blanca andaban entre la gente con bandejas.

El corazón me dio un vuelco cuando descubrí entre los invitados a Roberto. Llevaba un smoking negro, como la mayoría, y después, un poco más lejos, vi también al padre de Paula. Alejandro estaba a mi lado pero estaba hablando con una persona. Se volvió hacia mí de repente por lo que di un respingo. Él me miró con sorpresa.

—Ana, este es Mr. Whitman. Es uno de los socios de la firma.

—Encantada de conocerle.

—Perdona, pero tenemos que ir a su despacho a tratar un asunto. Te dejo sola, ya lo siento. Intentaré tardar lo menos posible.

Al salir vio a Roberto y, si le sorprendió, no lo demostró.

Roberto también había visto a Alejandro, y lo que más temía, a mí también. Se acercó. Sólo esperaba que no se me notase el nerviosismo.

—Hola, ¡Qué sorpresa! No me imaginaba que te iba a ver aquí.

—Pues sí, nos han invitado porque Alejandro está haciendo negocios con ellos.

—Sí, oí que te habías casado con Alejandro Echegoyen. Me sorprendió mucho. Yo aún no me he casado con Paula, en unos meses seguramente. Ahora estoy trabajando con su padre.

Me gustaría hablar contigo, y explicarte muchas cosas. Querría retomar nuestra amistad si te parece. ¿Podemos quedar mañana?

—No necesito que me des ninguna explicación y no quiero quedar contigo. Estoy muy ocupada. Te deseo lo mejor con Paula.

No me podía creer que me hablase con tanta naturalidad. De repente vi todo lo que Carmen veía: un joven atractivo pero ambicioso, al que una pobretona como yo no le iba a aportar nada. Así que aunque yo le gustase más que Paula era su ambición la que elegía. Sentí alivio al pensar que no había tenido nada con él y en cambio estaba con Alejandro.

En ese momento vi que entraba Alejandro en la sala. Vino hacía nosotros. Estaba aliviada pero no quería que pensase lo que no era.

—Ya he terminado. ¿Nos vamos? ¿O prefieres quedarte un poco más?

—No, vámonos. Adiós Roberto.

Salimos. Él estaba un poco serio. Yo le expliqué, tal vez de forma atropellada:

—Me ha dicho que quería hablar conmigo y explicarse pero le he dicho que no. Me he dado cuenta ahora que le veo después de tanto tiempo de que es una persona ambiciosa. Carmen ya me dijo varias veces que no le gustaba. Qué razón tenía.

Él estaba más relajado.

—Y yo tengo que pedirte disculpas. Cuando os he visto juntos me han pasado un montón de cosas por la cabeza y ninguna buena.

Nos reímos. Me sorprendió que él hubiese tenido esa reacción.

NOVENO

Al día siguiente como siempre desayunamos juntos en la habitación del hotel y después se marchó a trabajar. Yo me volví a meter un rato en la cama porque era muy temprano. Luego leería el periódico y decidiría que hacer y ver durante el día. Al cabo de un rato llamaron a la puerta. Me sorprendí, no había llamado al servicio de habitaciones.

Me levanté y me puse la bata. Fui a abrir y me encontré con Roberto en la puerta. Me quedé helada, de pie, sin saber qué hacer.

—Hola, me he enterado de que te alojas aquí y he venido para saludarte y hablar contigo. ¿Puedo pasar? Aquí en el pasillo es un poco incómodo.

—No quiero que pases, y te vuelvo a decir lo de ayer: Que no quiero que me des ninguna explicación. Te ruego que te marches. Os deseo lo mejor a los dos. Vete por favor.

Notó por mi cara que estaba hablando en serio por lo que se dispuso a marcharse sin decir nada más. En ese momento vi que aparecía Alejandro. Nos miró a los dos de una forma que se me cayó el alma a los pies. No podía ser que creyese que había pasado algo. Empezó a hablar y por el tono mis peores temores se confirmaron.

—Vaya, ¡Qué sorpresa! Te vemos de nuevo, Roberto.

—Sí, y ya me iba. Adiós.

Roberto desapareció rápidamente por el pasillo y Alejandro se me quedó mirando. Veía nubarrones en su cabeza, y un gesto que no le había visto nunca. Sin decir nada, se dio la vuelta y se marchó.

Pasé el día en la habitación, asustada por lo que había pasado. Yo no había hecho nada malo, pero no lo parecía. No sé cómo se había enterado Roberto de dónde estábamos alojados.

A la noche vendría Alejandro, hablaríamos y todo se aclararía. Me sentí un poco mejor, aunque estaba intranquila.

Pasaban las horas y Alejandro no aparecía. Le llamé al móvil y, aunque dio señal, no lo cogió. No quise insistir, me imaginé que estaría ocupado y tal vez algo molesto aún. Cuando ya era muy tarde y no podía más de la angustia, la puerta se abrió y entró Alejandro. Al instante vi que había bebido, no mucho, pero se le notaban los ojos vidriosos. Y entonces sentí pánico, pero no sabía aún que lo que me esperaba era peor.

—Tú, mujerzuela, que has quedado con tu amante, ¿Te creías que no me iba a enterar?

En cuanto he salido a la calle he visto a Roberto, medio escondido tras una columna. El muy inútil. He esperado un rato, he visto que entraba al hotel y he subido. Y os he pillado.

Entonces me di cuenta de que Roberto había aparecido poco después de irse Alejandro. Eran las siete de la mañana, muy temprano. No me había dado cuenta de que era demasiada casualidad, había estado esperando en la esquina.

Alejandro seguía hablando, con la voz algo aguardentosa pero firme.

—Ha sido fácil reiros de mí, sois un par de ambiciosos. Los dos os casáis con otras personas por conveniencia pero sois amantes. Un plan perfecto.

—No puedes pensar eso, yo no le he dicho a Roberto donde nos alojamos. Estoy tan sorprendida como tú de que haya venido aquí.

—Cuanto más lo pienso más claro lo veo todo. Vaya cinismo. Yo pensando que era a mi

hermano al que le habían engañado y resulta que a él le engañó una aficionada. Rosa se conformó con un pequeño trozo del pastel y luego se marchó.

Te mandaré con gusto con tu padre, pero no me apetece enviarte donde puedas estar tranquilamente con tu adorado Roberto. Además, si no voy a tener una esposa por lo menos voy a tener una administradora para la hacienda. Me lo debes. Mañana mismo te vuelves a Toledo que yo me iré a Nueva York. Por el dinero no te preocupes, pagaré los gastos como hasta ahora. Pero quiero beneficios, y cuanto antes. Tendrás que rendir cuentas al capataz. Ya le daré a él instrucciones sobre eso.

Por cierto, he cogido otra habitación, no sea que te moleste... Mañana recogeré mis cosas.

Salió dando un portazo. La cabeza me daba vueltas. No era capaz de asimilar lo que había pasado. Todo era un terrible malentendido, pero los celos habían cegado a Alejandro. Y Roberto, qué podía decir. Estaba enfadadísima con él, por su empeño en querer hablar conmigo, cuando yo no quería ni hablar con él ni sus explicaciones. Lo que no entendía era cómo se había enterado de donde nos alojábamos ni porqué se había atrevido a tanto.

La noche la pasé llorando, agobiada y abrumada de dolor. Sentía que había perdido a Alejandro y no sabía qué podía hacer para recuperarlo.

Entonces recordé lo que me dijo una vez: Cuando encuentres el amor verdadero lo sabrás. Y fui consciente por primera vez de que así era, pero desgraciadamente me había percatado en el mismo momento en que lo perdía.

A la mañana siguiente me levanté y me miré en el espejo. Lo que vi no me gustó pero tampoco me importó demasiado. Estaba pálida, demacrada, con ojeras. Oí que tocaban a la puerta y el corazón me dio un vuelco: Sí, era él.

—Veo que ya te has levantado. Tu vuelo sale en cuatro horas así que date prisa. Te llamarán de recepción cuando esté el taxi que te llevará al aeropuerto. En Madrid te esperará también un coche para llevarte a la hacienda. Yo recojo mis cosas y me voy.

—Alejandro, no te puedes ir así. Déjame que te explique, esto es un malentendido. Yo no tengo nada con Roberto.

—Basta, no quiero oírte más. Tendrás libertad absoluta para administrar la hacienda pero, como te dije, tendrás que rendir cuentas al capataz, que luego me informará a mí. Y que no se le ocurra a Roberto aparecer por allí, se lo prohíbo. Así que ya lo sabes.

Yo me sentía paralizada viendo como él recogía sus cosas. Me lanzó una mirada que me hizo reaccionar y empecé a hacer la maleta, mecánicamente. Cuando terminó salió dejándome sola en la habitación. Me senté en la cama esperando la llamada. No sé el tiempo que pasó, pero finalmente llamaron de recepción, bajé y me subí a un taxi. De allí al avión. Finalmente me encontré ya de noche, muy tarde, en la hacienda, en la habitación, nuevamente sentada en la cama sin saber qué hacer.

Ese día fue extraño, no fui muy consciente de lo que había pasado ni hecho. Los días siguientes los pasé en la habitación, llorando, María entrando de vez en cuando con una bandeja con comida que retiraba después casi intacta.

DÉCIMO

No sé cuántos días pasaron, pero llegó una mañana en la que no soportaba más las cuatro paredes en las que estaba enclaustrada, quería salir y respirar un poco de aire. Ya no me encontraba tan mal, pero sentía una tristeza infinita. Le dije a María que quería desayunar.

—Ya era hora, estaba preocupada. Estaba a punto de llamar al médico.

—Estoy mejor, pero tengo que empezar a hacer algo o me volveré loca. Llama por favor al capataz para que me venga a buscar, quiero ver la hacienda. No sé si lo sabes pero la voy a administrar yo.

—Sí, ya me lo dijo Alejandro. No sé lo que ha pasado entre vosotros, chiquilla, pero espero que se arregle pronto. Me da mucha pena.

—Ya veremos. No quiero ser maleducada, pero no quiero hablar de ello.

El capataz se presentó en la puerta dos horas después. Me pareció una grosería puesto que no me había avisado de que iba a tardar tanto, pero iba a esperar a que se explicase. Tampoco quería empezar echándole la bronca. Era un hombre alto, de unos cincuenta años y la cara curtida de trabajar al aire libre. Noté que me miraba con aire de superioridad.

—Buenos días, soy Ana. Hace dos horas que espero, me hubiese gustado que me hubieses avisado.

—Buenos días. Estaba lejos de la casa y hasta que no he terminado lo que estaba haciendo no he podido venir. Ya me ha dicho Alejandro que vas a administrar la hacienda. Esto es más complicado de lo que parece.

—La próxima vez me avisas. Sí, no creo que sea fácil administrarlo, pero he estudiado para ello y tengo muchas ganas de trabajar. Quiero que me enseñes todos los edificios, los campos ya los vi con Alejandro. Y quiero la relación de todos los gastos e ingresos, pongamos de los últimos cinco años.

—Eso no va a ser posible.

—¿Cómo que no? Tiene que haber una contabilidad, abonos de impuestos, etc. Lo quiero para mañana.

Me estaba enojando su actitud, era chulesca, sentía que me estaba ninguneando. Por eso le dije que lo quería para mañana.

—Todo eso lo llevan los gestores, y no les va a gustar nada.

—Me da igual lo que piensen, somos su cliente y deben facilitarnos los datos. Los necesito para saber en qué situación está la hacienda. Ya les llamaré yo. Y ahora vamos a verlo todo.

Hicimos el recorrido en todoterreno, en un silencio tenso. Nos bajábamos cada tanto, en cada almacén, en cada cuadra, en la casa de invitados. Las cuadras estaban en buen estado, limpias, vacías puesto que el ganado aún estaba en los campos, a la espera de ser estabuladas en breve para el invierno. La casa de invitados estaba sucia, no había entrado nadie en mucho tiempo. Era una casa muy bonita, de dos plantas, con una gran sala con chimenea en la planta baja, una cocina y cuatro habitaciones en el piso superior, cada una con su baño. Estaba decorada con un estilo ya anticuado y pedía a gritos una buena limpieza y una mano de pintura, por dentro y por fuera. Estaba relativamente cerca de la casa principal y tenía un camino de acceso a ella, pero también otro camino que daba al exterior por una puerta más pequeña que el portón principal.

También había un molino de aceite, pero el interior era un caos, con tablones tirados por el suelo, todo sucio y convertido en un palomar.

—¿Este molino porqué está tan mal? ¿Desde cuándo no se usa?

—La maquinaria se estropeó y no se arregló, por lo que al piso de arriba tampoco se le cambió la madera que para eso se compraron esos tablones. Calculo que hace unos tres años que no se usa.

—¿Y la decisión de no reparar de quién fue?

—Mía, no merecía la pena.

—Entiendo que no lo consultaste con nadie. ¿Y ahora qué se hace con la aceituna?

—Se vende a una cooperativa. En breve se empezará a recoger.

—Bien.

No me estaba gustando lo que estaba viendo. Veía mucha dejadez en general, todo se veía abandonado. Excepto las cuadras, que estaban impolutas.

Decidí que debía volver yo sola a verlo todo, y preguntar a los empleados. Pero ahora lo más importante era hablar con los gestores. En cuanto volví a la casa les llamé. Pese a lo que me dijo el capataz, me atendieron muy bien y me dijeron que me enviarían lo que les pedía y, que si quería también las facturas, me las enviaban. Les dije que de momento no, me imaginaba que tendría mucho trabajo con lo que me iban a mandar.

Así fue. Me llevó una semana saber cuál era la situación real de la hacienda, que era simplemente espantosa. Empecé por el primer año, cinco años atrás, y ello me permitió hacerme una idea bastante aproximada. Continué con el año siguiente, y ahí vi que el molino de aceite daba beneficios, porque también se alquilaba a pequeños productores. Al año siguiente, hacía tres, desaparecían esos ingresos, coincidiendo con la avería. En cambio aparecía un dinero por venta de aceituna bastante inferior, incluso bajando año a año.

Respecto al ganado, el capataz me había dicho que había unas quinientas vacas que se dedicaban a la cría para carne. El gasto de pienso era abultado y los ingresos escasos, bajando cada año al igual que la aceituna.

Así que me encontraba con una gestión pésima que debía encauzar. Y en teoría debía dar cuentas al capataz, que era el que lo estaba haciendo mal.

Pese a todos los inconvenientes, me encontraba mejor y más animada, ya que tenía trabajo que hacer, así que me decidí a hacer el recorrido por la hacienda yo sola. Cogí el Land Rover del garaje. Cuando salí me encontré en la puerta con el capataz. ¿Era casualidad o alguien le había dicho algo? Yo únicamente se lo había dicho a María.

—¿A dónde vas?

—Voy a hacer un recorrido por la hacienda.

—No puedes ir sola, te acompaño.

—No, quiero ir sola.

—No lo permitiré.

—No te permito el tono que estás utilizando, además yo soy la dueña y puedo hacer lo que quiera.

—Bueno, pero si pasa algo yo no me hago responsable —repentinamente se había amansado.

Era todo muy molesto e incómodo, y lo que menos quería era volver a verlo todo con él.

—No te preocupes por eso.

Me parecía increíble el tono que utilizaba conmigo. Me daba la sensación de que, como Alejandro no se ocupaba, él hacía y deshacía a su antojo. No se lo iba a permitir más.

Pasé el día yendo de un sitio para otro, hablando con todos los que me encontraba. Respecto al capataz nadie quería hablar, me contestaban con evasivas. Me temía que no les trataba demasiado bien, que le tenían hasta miedo.

Después de hablar con casi todos los empleados, pese a que no querían contar demasiado, saqué la conclusión de que el capataz estaba robando. Era una sospecha, pero con lo que me dijeron era prácticamente una certeza.

Lo mejor sería encargar una auditoría para salir de dudas. Debía poner en aviso a Alejandro, decirle lo que iba a hacer, debía saberlo.

Volví a la casa y le llamé al teléfono. No me contestó, esperaría a que me llamase él.

Al día siguiente, viendo que Alejandro no me iba a llamar, pasé al siguiente plan: Llamar a su hermano. Tuve que pedirle a María el teléfono.

—¿Para qué lo quieres?

—Quiero decirle una cosa, para que se lo diga a Alejandro.

—Pero eso se lo puedes decir al capataz.

—No, es una cuestión personal, no de trabajo —tuve que decir.

Se podría decir en realidad que era ambas cosas.

—Otra pregunta, ¿Le dijiste al capataz que iba a salir a ver la hacienda?

—Puede ser, no lo recuerdo, es mi sobrino.

Vaya, qué sorpresa. Me parece que teníamos al enemigo en casa y en la hacienda.

Llamé a Andrés, el hermano de Alejandro. Nerviosa, he de decir.

—Hola, soy Ana, ya siento molestarte pero es que no he podido hablar con Alejandro.

—No te preocupes, ¿Qué pasa? Debe de ser grave para que me llames.

Se lo expliqué todo. El me escuchó en silencio y cuando terminé me dijo:

—Ya siento que te encuentres en esta situación. En teoría solamente debías administrar la hacienda y te has encontrado con una manzana podrida. Salgo hoy en cuanto pueda y mañana llegaré para ayudarte, pero deberías despedirlo hoy mismo. No podemos consentir que nos esté robando.

—De acuerdo, muchas gracias.

Llamé al capataz y le dije que se presentase inmediatamente en la casa, que no le iba a tolerar ninguna demora. Me fui al despacho, pero antes le dije a María que le hiciese pasar en cuanto llegase. Me miró con sorpresa pero no me dijo nada.

Se presentó en quince minutos, con el mismo tono altivo de siempre. Pero estaba a la defensiva, nervioso, y me imaginé que presentaría batalla.

—Te he hecho llamar porque entre los datos contables y los movimientos de la hacienda hay discrepancias. Dicho de otro modo, suponiendo las toneladas de aceitunas que se recogen y el dinero que reportan, las estás regalando, y respecto al ganado pasa lo mismo.

No sé si estás robando o que tu gestión es lamentable, pero en cualquier caso estás despedido. Vamos a encargar una auditoría y, depende del resultado, tomaremos acciones legales contra ti.

—Llevo muchos años trabajando aquí y nunca se me había cuestionado. Esto te queda grande y lo pagas conmigo. Yo soy el que os va a denunciar.

Se fue dando un portazo. Yo me quedé un rato sentada aún, estaba temblando. Había sido muy desagradable. Pero no me había equivocado, ahora estaba segura, había percibido miedo en sus ojos.

Un golpe en la puerta me sobresaltó.

—¿Quién es?

—Soy María, ¿Puedo pasar?

—Adelante —suspiré, aún no había terminado.

—Me ha dicho mi sobrino que le has despedido, que no confías en él. Muy pronto ha salido tu verdadero rostro. Pues siendo así me voy con él, a ver cómo se lo explicas a Alejandro. Es una vergüenza.

Y salió dando también un portazo. Yo suspiré, el día se me estaba haciendo eterno.

Decidí entonces hacer algo que me rondaba por la cabeza: Iba a hablar con Antonio, el que se ocupaba del ganado, para que fuese el capataz y, si no quería, al menos temporalmente hasta encontrar otra persona. Había hablado con él y sus dos hijos, y me habían gustado. El ganado estaba bien atendido, las cuadras limpias, y necesitaba a alguien que supiese de la hacienda para organizar el trabajo del campo. Creo que al resto de los trabajadores les gustaría más que el anterior.

—He despedido al capataz y quiero que lo seas tú ahora, aunque sea por un tiempo.

—Pero yo no tengo ni idea de eso, no sabría qué hacer.

—Básicamente es tratar con los trabajadores y supervisar que el trabajo se hace, y comunicarme a mí las incidencias.

—No me tomes a mal, pero no me veo haciendo eso. Si te parece, mi hijo Antonio podría encargarse. Tal vez te parezca muy joven, tiene veinticinco años, pero ha hecho estudios agrarios y es trabajador.

—De acuerdo entonces.

Fuimos a buscar a su hijo, que era muy parecido a él. Me miró con aprensión, pero aceptó lo que le pedía.

Volvimos a recorrer la hacienda. Le dije que me parecía que debíamos reparar el molino y la casa de invitados, a lo que me dijo que le parecía bien. Me rondaba por la cabeza la idea de hacer un hotelito o algo así, pero primero habría que adecentarla.

Antonio me hizo unas indicaciones que me demostraron que era sensato y que sabía de lo que hablaba.

Se me había ocurrido que había mucho terreno y que se podía cultivar cereal para alimentar al ganado sin necesidad de gastar tanto en pienso, aunque al parecer en realidad el pienso siempre escaseaba. Otro dato que no cuadraba. En fin.

Me fui a la casa ya de noche y me encontré sola. Era una sensación extraña, en una casa tan grande. Fui a la cocina y tomé algo de cenar. Estaba agotada de la tensión del día y me fui a dormir. Esperaba que el día siguiente fuese mejor.

A la mañana siguiente me levanté temprano. Estaba descansada, lo cual era bueno, ya que me esperaba un largo día por delante. Al bajar a desayunar me encontré con Andrés, que ya había llegado. Me dio un beso en la mejilla. Me emocionó, por una parte recibir cariño de alguien y por otra que me tratase como cuñada. De Alejandro no hablamos, no me atrevía a preguntarle.

Le conté todo lo que había pasado.

—Has tomado una buena decisión, Antonio tal vez sea un poco joven para ser capataz pero lo hará bien. Y no te preocupes por el otro, ya he hablado con nuestros abogados y harán lo que tengan que hacer.

—Es un alivio, ha sido desagradable, por no hablar de que María se ha ido. Hay muchas cosas que hacer y habrá que gastar bastante dinero. Quiero arreglar la casa de invitados para hacer un hotel rural. Tiene un acceso independiente y está cerca de la carretera, lo cual es una ventaja. Y arreglar el molino para en un futuro producir nuestro propio aceite. Y producir cereal, arreglar los

almacenes y no sé cuántas cosas más.

—Por el dinero no te preocupes, se hará lo que creas que haga falta.

Las semanas que siguieron fueron agotadoras, había muchísimo trabajo. Andrés fue una gran ayuda, un apoyo constante y una compañía agradable cuando a la noche nos sentábamos a cenar. Respecto a la casa, una mujer del pueblo venía a limpiar diariamente y contraté a una segunda para que se encargasen ambas también de la casa de invitados, la cual ya estaba lista a falta de los trámites para abrir el hotel. Dedicué bastante tiempo en decorarla y disfrute muchísimo con ello.

Respecto a la cuestión de cocinar, empecé haciéndolo yo, pero finalmente tuve que renunciar y ahí me reemplazó Andrés, revelándose como un cocinero más que aceptable.

Antonio por su parte resultó ser bastante competente y, o bien me lo encontraba en el campo, o se presentaba en la casa a darme cuenta de todo lo que sucedía. Tenía muchas ideas que poníamos en práctica junto con las mías. De momento la hacienda seguía generando gastos, pero sabía que eso iba a cambiar, que íbamos por el buen camino.

El molino era el que estaba dando más problemas, era difícil encontrar a alguien que lo reparase, la recogida de la aceituna había terminado por lo que no teníamos prisa, pero yo quería verlo reparado. Además era una construcción muy bonita. Conseguí un buen precio para la aceituna y, si bien los ingresos no habían sido altos, superaban con mucho los de años anteriores.

Pero pese a todo, a estar ocupada todo el tiempo y hasta agotada a veces, pensaba en todo momento en Alejandro. Su hermano, que se le parecía, me lo recordaba también. Pensaba en ir algún día a la atalaya a la que habíamos ido juntos, pero luego sentía tristeza al pensar que eso había pasado en unos días felices que ya no iban a volver.

Una noche, cenando con Andrés, decidí agarrar el toro por los cuernos y le pregunté:

—¿Sabes cuándo va a venir Alejandro? ¿Hablas con él? ¿Sabe lo que está pasando?

—No, sí y sí. —sonríó y me lo recordó terriblemente.

Claro que hablo con él y le cuento todo. No sabe cuándo va a volver, se está demorando más de lo que pensaba. Podrás hablar con él cuando menos te lo esperes.

¿Se puede saber qué pasó en Londres? La verdad, algo me ha dicho, pero no quiere hablar de ello y me contesta con evasivas.

—No hay mucho que contar. Roberto, que no era mi novio ni nada realmente, aunque me gustaba, se comprometió con mi amiga Paula. Alejandro me ayudó la noche en que se anunció el compromiso. En Londres nos encontramos con Roberto en una fiesta y después él se presentó en el hotel, de repente, no sé ni cómo sabía donde nos alojábamos. Alejandro creyó que habíamos quedado a sus espaldas. Fue horrible, se enfadó muchísimo.

—Sí, puede tener un genio endiabrado. Pero después de tanto tiempo se le habrá pasado, no te preocupes.

—Eso espero.

UNDÉCIMO

Al día siguiente, muy temprano, sonó el teléfono. Yo ya estaba vestida, lista para salir al campo. Era Carmen. Hablábamos a menudo, pero la hora no era normal.

—Niña, ¿Cómo estás? Tienes que venir a casa, tu padre no está bien. Ayer por la noche le dio un ataque aunque ahora está mejor. He pasado toda la noche en el hospital con él y ahora el que está es tu hermano. Ya está fuera de peligro.

—Me pongo en marcha inmediatamente.

Llamé a Antonio para decirle que me tenía que ir. Estaríamos en contacto por teléfono. Después fui a buscar a Andrés para contarle lo que pasaba.

—Te acompaño y mejor conduzco yo el coche, no sea que tengas un accidente.

—De acuerdo, gracias.

Nos pusimos en marcha en una hora. Yo estaba nerviosa y preocupada. Hablamos de todo un poco, yo le hablé de mi familia, y tuve que hablarle de Rosa. No creo que supiese que estaba con mi hermano, y no me parecía que se la encontrase en la casa sin saberlo.

—No es una buena persona, me engañó y me sacó bastante dinero. Antes lo había intentado con Alejandro, y él no me dijo nada, entre otras cosas porque no había pasado nada y no le había dado importancia. Así que ella me dijo que lo teníamos que mantener en secreto porque tenía un antiguo novio que nos iba a hacer la vida imposible si se enteraba. Todo fueron mentiras hasta que no quiso saber más de mí. Se me derrumbó el mundo. Te puedes imaginar lo estúpido que me sentí.

—Es normal que pienses eso, pero no fuiste estúpido. Fuiste una buena persona, generosa, y estabas enamorado. Muchas veces pienso que Roberto también está con Paula por dinero, y por la posición de su padre. No estoy segura pero es lo que parece. Me da pena Paula. Roberto se empeñó en tener contacto conmigo con lo que estropeó mi relación con Alejandro. La próxima vez que le vea igual le estrangulo, no sé.

Fuimos derechos al hospital. Llegamos a la habitación y allí estaba mi hermano. Mi padre estaba despierto y se le veía bien. Me tranquilicé pero me disgustó verle así, rodeado de máquinas y cables. Vi que se había hecho mayor de repente, que era frágil. Todos los problemas, los disgustos pasados habían hecho mella en él. Salí para hablar con el médico.

—Doctor, ¿Cómo se encuentra mi padre?

—Está bien. En unos días le mandaremos a casa, después de hacerle unas pruebas y comprobar que todo está correcto. Ha tenido un ataque al corazón, deberá tomarse las cosas con calma y cuidarse.

—Me imagino que no podrá trabajar.

—En un tiempo no debería y después depende del trabajo, no le convienen los esfuerzos ni él estrés.

Volví a la habitación pensativa, eso significaba que mi hermano se haría con el control de la fábrica. Tenía tan sólo dieciocho años. No sé cómo le afectaría ni gestionaría semejante responsabilidad. Me aliviaba pensar que estaban también los gestores que había puesto Alejandro.

Decidimos que Andrés y yo nos íbamos a la casa a dejar las cosas y que yo volvería a pasar la noche con mi padre. Iba a procurar pasar el mayor tiempo posible con él.

Fuimos a la casa y entramos directamente en la cocina, donde estaban Carmen y Alicia. Carmen

me abrazó y no pude evitar llorar. Toda la tensión de las últimas horas saltó de repente. Andrés y Alicia nos miraban en silencio.

Finalmente nos separamos e hicimos las presentaciones.

—Niña, estoy muy contenta de verte, la pena es que hayas tenido que venir por lo que le ha pasado a tu padre.

Lo único bueno es que Rosa no está. Tu hermano no dice mucho, pero parece que se enfadaron y ella se marchó, hace de eso ya tres días. Y después lo de tu padre, tu hermano se está haciendo cargo de todo. No sé, parece otra persona.

Me alegró saber que mi hermano estaba cambiando para mejor. Yo le quería mucho, pero siempre había sido un irresponsable. Tal vez era porque no tenía obligaciones ni preocupaciones, cosas ambas que todos le evitábamos.

Los días siguientes los pasé de casa al hospital, del hospital a casa. Pero estaba en contacto con Antonio, el cual me ponía al día de la hacienda. Sabía que estaba en buenas manos. Andrés estaba en la casa, convertido en mi chófer, llevándome al hospital. Sé que también le hacía los recados a Carmen. En ocasiones le veía en el jardín, hablando con Alicia, mientras ella arreglaba las flores. Esperaba que no se aburriese mucho.

En unos días a mi padre le dieron el alta y le llevamos a casa. Estaba aún un poco débil, aunque se le veía bien. Yo continúe estando pendiente de él, me preocupaba que le pudiese dar un ataque de nuevo. Se pasaba los días descansando, saliendo al jardín, paseando. Se estaba tomando las cosas con calma, como le habían dicho.

Aproveché que en la casa estaba acompañado para ir un día con mi hermano a la fábrica. Allí vi que se habían hecho muchos progresos y que estaba a punto de iniciarse la producción. Ignacio me lo enseñaba todo orgulloso, se veía que estaba pendiente de los detalles.

Me di cuenta de que sería un buen sucesor de mi padre. Respecto a mí, me chocó pero sentía que ya no pertenecía a ese sitio. Había querido trabajar en la fábrica desde siempre, pero ahora lo que quería era volver a la hacienda. Sentía que ese era mi lugar, con Alejandro, aunque él ya no me quisiese. Cuando pensaba en ello sentía una gran congoja.

Preparé la vuelta a la hacienda, al día siguiente saldríamos Andrés y yo. Pero me dije a mí misma que no tardaría tanto en volver. Me había sentido desgraciada primero y demasiado ocupada después como para visitarlos, que ahora incluso me sentía culpable. Los cambios en la hacienda estaban en marcha y en breve habría menos trabajo que hacer. Podría volver regularmente y quedarme un par de días con ellos. Eso es lo que haría. Me sentí aliviada con lo que había decidido.

Recordé que tenía mis útiles de pintura guardados en algún sitio, pero no sabía muy bien dónde. Al final los encontré, en un pequeño armario que había en el pasillo de la planta de arriba. Me apetecía pintar y, si tenía tiempo, lo iba a hacer. Me gustaba pintar paisajes sobre todo, y desde la atalaya de la hacienda sabía que podría pintar unos cuantos.

Al día siguiente salimos en dirección a la hacienda. Nuevamente conducía Andrés, entre otras cosas porque yo tenía que hablar por teléfono, para resolver asuntos y tomar decisiones que Antonio no podía tomar.

Volvimos a la hacienda y me encontré mucho trabajo atrasado, que tardé en resolver más de lo que me hubiese gustado.

Además continuamente tenía que salir a tratar con los proveedores, con clientes y con la cooperativa que nos compraba la aceituna, así que me encontraba igual que en la casa de mi padre, tratando y regateando. Aunque ahora con el alivio de saber que el dinero no era problema.

Entre Andrés y yo se estableció una rutina agradable: él se encargaba de cocinar, de los recados y de que la casa estuviese perfecta, y yo me pasaba el día entre el despacho y el campo, con el todoterreno siempre en la puerta por si tenía que salir a cualquier llamada de Antonio. Por costumbre, cuando se iba al pueblo se utilizaba un automóvil, pero por cuestiones prácticas yo siempre usaba el todoterreno.

Me levantaba muy temprano y desayunaba sola, puesto que Andrés decidió desde el principio que no me acompañaba, que era demasiado pronto. Para la comida me llevaba algún bocadillo para comerlo sobre la marcha o comía a deshoras algo de la nevera si estaba en la casa. Siempre había algún platillo delicioso que me dejaba Andrés. A veces incluso comía en casa de Antonio, invitada por su madre, donde comía una estupenda comida casera.

Lo que sí hacíamos juntos era cenar y era un momento perfecto, por fin relajada y dejando que Andrés me sirviese. No podía estarle más agradecida. La conversación también era muy interesante, y a veces me hacía reír, otra vez recordándome a Alejandro.

Una noche, pensando en todo lo que había pasado y en todo lo que había cambiado mi vida, no pude evitar suspirar por lo que Andrés me miró de una forma extraña. Lo de las miradas parece que eran cosa de familia.

—¿Te pasa algo? Te veo seria.

—No es nada, únicamente estaba pensando en que nada es como me esperaba. Estoy aquí y Alejandro está lejos, y no puedo dejar de pensar en él, en lo que estará haciendo, no sé ni siquiera donde está ahora mismo. No he hablado con él desde que salí de Londres. Sólo quiero que vuelva, aunque espero que no siga enfadado, no lo soportaría.

—No te preocupes por eso, lo único que te puedo decir es que ya no está enfadado. Pero de todo eso ya hablarás con él cuando venga.

Esa noche, antes de acostarme, decidí que ya era el momento de tomarme un respiro. Al día siguiente me levantaría un poco más tarde e iría a la atalaya a pintar. Ya no me dolía tanto pensar en ese lugar.

Por la mañana me sentía bien y descansada. Desayuné con Andrés y le conté mis planes. Preparé unos bocadillos y me puse en marcha con el todoterreno. Para cuando llegué allí ya era mediodía y el sol brillaba, aunque sin fuerza, era un bonito día de invierno. Coloqué mis útiles sobre la roca y me dispuse a pensar qué iba a pintar de lo que veía. La media tarde llegó cuando tenía una acuarela prácticamente terminada. Decidí volver a casa, pero dando un rodeo para poder ver un par de cosas. También me acerqué hasta donde estaba Antonio y, para cuando terminamos, había anochecido.

Me puse en camino y, cuando no había recorrido ni quinientos metros, el impacto de una piedra en el parabrisas casi me sacó del camino. Paré el coche y me quedé un rato con las manos en el volante, tratando de tranquilizarme. Cuando lo logré, salí del coche, y miré alrededor. Un poco más atrás vi una piedra, bastante grande, que sería la que había roto el cristal. Alrededor no había más piedras ni nada parecido. ¿Había sido intencionado? No lo podía creer. Llegué a la casa bastante nerviosa, me tomaría algo para tranquilizarme en cuanto llegase. Había estado a punto de tener un accidente.

En cuanto llegué se lo conté a Andrés. Me miró preocupado.

—¿Dices que no había ninguna piedra aparte de esa? ¿Viste a alguien cerca?

—No, poco antes me había despedido de Antonio y no vi a nadie. Parece intencionado, pero no sé.

—Tenemos que tomar medidas. Procura no salir sola hasta que no sepamos lo que ha pasado.

Ya te acompañaré yo.

—Gracias, no me gusta molestar pero hasta que no se aclare esto debemos ser prudentes.

Mañana deberíamos llamar a la policía y ponerles sobre aviso.

—Me parece bien, pero lo haremos mañana. Y ahora vamos a cenar.

Note a Andrés preocupado, pero es que yo también lo estaba.

DUODÉCIMO

A la mañana siguiente me levanté temprano, el día anterior se me antojaba como un mal sueño. El teléfono sonó, por lo que me asusté, ¿Sería que le había pasado algo a mi padre?

Era Antonio, el padre, que me llamaba muy agitado:

—El molino se está quemando, ya hemos llamado a los bomberos, ven rápido.

Fui corriendo a despertar a Andrés. Estaba adormilado, pero me dijo que me acompañaba. En quince minutos estaba en la puerta, dónde le recogí. No pudimos ir con el todoterreno, el cristal estaba muy dañado.

Para cuando llegamos los bomberos ya estaban allí. Se veía una gran humareda e incluso las llamas asomaban por el tejado, por lo que me di cuenta de que el fuego lo devoraría todo. Estaba pasando ante nuestros ojos y no podíamos hacer nada. Andrés se volvió hacia mí, muy serio:

—Creo que esto ha sido intencionado, ayer la piedra a tu coche, hoy esto, es demasiada casualidad.

—¿Tú crees? ¿Pero quién querría hacernos daño?

—No lo sé, pero debemos hablar con la policía en cuanto terminen.

—De acuerdo.

Nos quedamos allí, impotentes, viendo como el fuego estaba dejando el molino reducido a cuatro paredes. Lloré, no solo por el molino, sino por pensar que alguien nos quisiese hacer tanto daño. El día anterior todo quedó en un susto pero yo podría estar en el hospital o algo peor.

Fuimos a la casa donde esperamos a que viniese la policía. Nos confirmaron lo que sospechábamos: Que el fuego había sido intencionado. Había claramente un punto en el que se había echado algún tipo de combustible y el interior, de madera, había ardido como el papel.

También nos dijeron que era posible que una simple vela, al consumirse junto al combustible, hubiese probablemente iniciado el fuego, posibilitando al pirómano estar lejos cuando empezase el incendio. Eso coincidía con el ataque que sufrí unas doce horas antes. Alguien había estado preparando el incendio y yo me crucé en su camino. No era una sensación muy agradable pensar en todo ello.

Decidí que pasaría el día en la casa, intentando calmarme y no pensar en lo que había pasado en las últimas horas. Podía terminar de pintar la acuarela. Lo haría en el patio de la casa, ya que el ruido de la fuente me relajaría.

Estaba absorta pintando, ensimismada con la acuarela, cuando sentí que alguien me observaba: Me volví y descubrí que era Alejandro. Me quedé paralizada y él se me quedó mirando, sin decir nada. Yo no podía moverme y al parecer él tampoco. No sé el tiempo que estuvimos así pero al final me levanté y me acerqué a él. Abrió los brazos y me refugié en ellos. No hablamos, las palabras sobraban. Empecé a llorar, con un llanto incontenible, sentía que se estaba liberando un peso enorme que sentía muy adentro.

Por fin nos liberamos del abrazo y vi con estupor que él también estaba llorando.

—Perdóname, he sido un estúpido, perdóname por favor.

—No te preocupes, comprendo que parecía que Roberto y yo nos habíamos citado a tus espaldas, pero no es cierto. No quiero saber nada de él.

—Estoy muy avergonzado. Deja que te cuente. Al poco de llegar a Nueva York, me llamó el

padre de Paula para decirme que se había pasado por el hotel en Londres para hablar conmigo y que se había encontrado con que nos habíamos marchado.

Al parecer, la noche de la fiesta un invitado nos señaló y les dijo a Roberto y a él que estábamos alojados en su hotel, que era el dueño. Así que te puedes imaginar lo mal que me sentí.

He estado muy ocupado y me he demorado más de lo que esperaba, pero también era incapaz de volver, me sentía fatal y aún me siento por lo mal que me he portado contigo. Tampoco te he cogido el teléfono por ese motivo. No obstante Andrés me informaba de todo y me decía que lo estabas haciendo muy bien.

—Entonces ¿Por qué has vuelto?

—Porque ayer por la noche Andrés me llamó preocupado para decirme que alguien había atacado tu coche. No puedo permitir que estés en peligro. Y no puedo soportar más estar lejos de ti, aunque me rechaces.

Se había preocupado por mí y por eso había vuelto. Sentí una gran ternura, y me imaginaba que lo había pasado tan mal o peor que yo. Lo que me disgustaba era que no hubiese vuelto en cuanto se había enterado de la verdad, pero el sentimiento de culpa había sido muy fuerte.

Le besé y me contestó primero con temor y luego con pasión. Nuestro amor estaba intacto, pese a todo.

DECIMOTERCERO

Los siguientes días los pasamos juntos, tanto era el tiempo que debíamos recuperar. Paseábamos y yo le enseñaba todo para que viese los avances, pero al mismo tiempo debíamos trabajar mucho, la hacienda aún exigía atención. Fueron unos días bonitos, agradables, dedicados a hacernos felices mutuamente.

Andrés, tan discreto, se marchó a la casa de la playa pero nos dijo que volvería en breve. Por una parte me daba pena, pero por otra le agradecí inmensamente que nos dejara solos un tiempo.

Un día llegó la policía para comunicarnos el resultado de las investigaciones. El día anterior al incendio mucha gente había visto al antiguo capataz conduciendo a gran velocidad por el pueblo, lo que llamó mucho la atención puesto que eso no sucedía nunca. Después comprobaron que pocos días antes había comprado un bidón de gasolina.

Llevado a comisaría y presionado sobre la compra, confesó que había preparado el fuego del molino pero negó lo del ataque a mi coche, cosa normal ya que no había pruebas de ello, aunque todo apuntaba a que también había sido él.

Alejandro me dijo que en un tiempo no iba a tener que salir de viaje pero, con una gran sonrisa:

—¿A que no adivinas quién sí va a viajar? Andrés, me ha dicho que le gusta una tal Alicia que trabaja en la casa de tu padre y he pensado que con la excusa de supervisar la fábrica podría ir allí.

—¡Cuánto me alegro! Pero eso significa que ya está bien. Alicia es una chica estupenda y muy trabajadora. Y tu hermano es muy bueno, se merece ser feliz.

No sólo él, todos habíamos sufrido, pero lo habíamos superado y nos teníamos los unos a los otros.

Yo además tenía a Alejandro, mi amor, mi gran amor, mi amor verdadero.

FIN

Sobre la autora:

Se puede decir que he sido toda la vida una devoradora de libros, de prácticamente todos los géneros, y el romántico ha sido uno de los que más he leído.

Debo agradecer a mis padres que nunca escatimaron en mi educación, con fondos sin fin para libros, diccionarios, etc., y que me enseñaran el valor de las cosas.

También debo agradecer a la Biblioteca Pública de mi pueblo, especialmente cuando era niña, por los grandes tesoros que encerraba.